

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 24

FEMINIDAD VIRTUOSA

*Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?
Porque su estima sobrepasa largamente
a la de las piedras preciosas.*

Proverbios 31:10

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

24

Feminidad virtuosa

Contenido

La influencia del cristianismo en la condición de la mujer	3
<i>John Angell James (1785-1859)</i>	
La misión de la mujer	8
<i>John Angell James (1785-1859)</i>	
Descripción de la mujer virtuosa.....	14
<i>Charles Bridges (1794-1869)</i>	
Cristo llama a las mujeres jóvenes	19
<i>Thomas Vincent (1634-1678)</i>	
Gracia para la sumisión de una esposa	25
<i>William Gouge (1575-1653)</i>	
Para las madres, experimentadas o primerizas	34
<i>John Angell James (1785-1859)</i>	
La obra de Cristo y la mujer soltera	45
<i>W. K. Tweedie (1803-1863)</i>	
Para una recién convertida	48
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	
Una abuela en la Gloria	49
<i>Jabez Burns (1805-1876)</i>	

Publicado por Chapel Library

Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2018 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA CONDICIÓN DE LA MUJER

John Angell James (1785-1859)

*“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre;
no hay varón ni mujer; porque todos vosotros
sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).*

La mujer fue la última gracia de la creación. La mujer fue la plenitud de la bendición del hombre en el paraíso. La mujer fue la causa del pecado y de la muerte para nuestro mundo. Pero el mundo fue redimido por la simiente de la mujer. La mujer es la madre de la raza humana. Ella es nuestra compañera, consejera y consuelo durante nuestro peregrinaje en la vida o es nuestra tentación, castigo y destrucción. La copa más dulce de felicidad terrestre o nuestro más amargo cáliz de dolor son mezclados y administrados por su mano. Ella, no sólo hace liso o áspero nuestro camino al sepulcro, sino que ayuda o impide nuestro progreso a la inmortalidad. En el cielo bendeciremos a Dios por su ayuda para alcanzar ese estado bienaventurado o, entre los tormentos de indecible aflicción en el otro mundo, lamentaremos lo fatal de su influencia...

Mi tema es la fe cristiana; mi objeto es el alma; mi propósito es la salvación. Os veo, mis amigas mujeres, como destinadas para el otro mundo; y mi empeño es ayudar y estimularos por la paciente perseverancia en el bien hacer a buscar gloria, honra e inmortalidad y obtener la vida eterna. Miro más allá de la maquillada y vulgar escena de las vanidades pasajeras terrenales hacia las edades sin fin en las que tendréis que vivir bajo el tormento o la salvación y, con la ayuda de Dios, no será mi culpa si vosotras no vivís bajo el consuelo divino, morís en paz y heredáis la salvación.

PRIMERAMENTE, NUESTRA ATENCIÓN DEBE DIRIGIRSE, POR SUPUESTO, A LA CONDICIÓN DEL SEXO MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES DE LA CRISTIANIDAD... En algunos países, [la mujer] ni siquiera es considerada como un agente moral y responsable; está tan solícitamente activa en su propia degradación que consiente en el asesinato de su descendencia femenina; queda excluida desde la infancia; sin educación; casada sin su consentimiento; en multitud de ocasiones es vendida por sus padres; excluida de la confianza de su marido y expulsada de su mesa; en la muerte de éste, es condenada a la pira funeraria o al desprecio que hace

que la vida sea una carga... Algunas veces adorada como una diosa, otras tratada como un juguete y entonces castigada como una víctima, ella nunca puede alcanzar la dignidad e, incluso con todos sus más brillantes encantos, rara vez puede aparecer de otra manera que como una muñeca o una marioneta.

CONSIDEREMOS LO QUE HAY EN EL CRISTIANISMO QUE HACE ELEVAR Y MEJORAR LA CONDICIÓN DE LA MUJER... Del cristianismo, la mujer ha recibido su influencia moral y social, casi su misma existencia como ser social. El cristianismo ha desarrollado la mente de la mujer, la cual muchos filósofos, legisladores y sabios de la antigüedad condenaron a la inferioridad y a la imbecilidad. El evangelio de Cristo, en la persona de su divino fundador, ha descendido hasta esta despreciada mina, la cual aun los hombres sabios, han visto como sin valor y han educado muchas gemas sin precio, iluminándolas con la luz de la inteligencia y haciéndolas resplandecer con los amorosos tintes de las gracias cristianas. El cristianismo ha sido el restaurador de los derechos robados de la mujer y le ha provisto de las más brillantes joyas en su actual corona de honra. A su anterior degradación se debe, al menos en parte, la inestabilidad de la civilización antigua. Es imposible que la sociedad se eleve permanentemente allí donde la condición de la mujer es rebajada y servil. Allí donde las mujeres son vistas como seres inferiores, la sociedad contiene en sí misma los elementos de la disolución y la obstrucción para toda mejora sólida. Es imposible que las instituciones y usos que se oponen a los instintos de nuestra naturaleza y los reprimen, violando la Ley revelada de Dios, puedan ser finalmente coronados con el éxito. La sociedad puede cambiar en su aspecto externo; puede exhibir la purpurina de la abundancia, los refinamientos del gusto, los embellecimientos del arte o los más valiosos logros de la ciencia y de la literatura. Pero si la mente de la mujer permanece sin desarrollarse, sus gustos sin cultivar y su persona esclavizada, los fundamentos sociales son inseguros y el cemento de la sociedad es débil. Allí donde se entiende y se siente el cristianismo, la mujer es libre. El Evangelio, como un ángel bondadoso, abre las puertas de su prisión y la llama para que salga fuera y goce de la luz de la razón y respire el vigoroso aire de la libertad intelectual. Y en la medida en la que el cristianismo puro prevalezca, así será siempre... El cristianismo eleva la condición de la mujer por su naturaleza de sistema de equidad y benevolencia universal.

Cuando descendió del cielo a la tierra, fue anunciado en nuestro mundo por la canción del ángel: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lc. 2:14). Siendo hijo del amor infinito, participa del Espíritu de su Padre divino y refleja su carácter. Es esencial e inalterablemente, el enemigo de toda injus-

ticia, crueldad y opresión, y el amigo de todo lo que es justo, amable y bien educado. Lo rudo, lo brutal y lo feroz son ajenos a su espíritu, mientras que lo suave y lo cortés están completamente en armonía con su naturaleza. Frunce el ceño con rostro indignado contra la tiranía, ya sea en el palacio o en las habitaciones interiores, al tiempo que es amigo de la libertad y el patrón del derecho. El hombre que entiende su naturaleza y vive bajo su inspiración, ya sea monarca, maestro, marido o padre, debe ser un hombre de equidad y amor. El cristianismo inspira su espíritu caballeresco, un espíritu caballeresco separado de la vanidad, purificado de la pasión, elevado sobre la frivolidad; un espíritu caballeresco cuyo principio vivificante es el amor a Dios y el escenario de su operación, el círculo doméstico y no la procesión pública. Aquel que es injusto o desagradable para con el otro, especialmente para con el sexo femenino, muestra una total ignorancia de la influencia práctica del evangelio de Cristo o una manifiesta repugnancia a la misma...

La conducta personal de nuestro Señor durante su estancia en la tierra tendía a exaltar al sexo femenino a una consideración que nunca antes se había conocido. Seguidlo a través de toda su carrera terrenal y fijaos en la atención que Él bondadosamente dio al sexo femenino y que recibió de él. Él las admitió en su presencia, habló familiarmente con ellas y aceptó las señales de su gratitud, afecto y devoción. Vedlo acompañando a su madre a las bodas de Caná en Galilea. Vedlo conversando con la mujer samaritana, instruyendo su ignorancia, soportando su rudeza, corrigiendo sus errores, despertando su conciencia, convirtiendo su alma y, posteriormente, empleándola como mensajera de misericordia y salvación a sus vecinos... El trato que Cristo dio a la mujer la elevó de su degradación sin exaltarla por encima del nivel que le corresponde. La rescató de su opresión sin excitar su vanidad y la invistió de dignidad sin darle ocasión al orgullo. Al mismo tiempo que le permitió, no sólo venir ante su presencia, sino también ministrar para su bienestar, ganó su afecto agradecido y reverente y le inspiró también temor reverente. De esta manera, Él le enseñó al hombre cómo comportarse con la mujer y qué respuesta ella debe dar al hombre.

La conducta de Jesucristo hacia el sexo femenino fue una de las más atractivas excelencias de su bello carácter, aunque tal vez sea de las que hayan pasado más desapercibidas. Las mujeres deben verlo, no sólo como el Salvador de sus almas, sino también como el Abogado de sus derechos y el Guardián de su paz... La vigente abolición de la poligamia por el cristianismo es una enorme mejora de la condición de la mujer. Allí donde prevalece la poligamia, el sexo femenino queda en un estado de degradación y miseria. La experiencia nos ha mostrado, abundante y dolorosamente, que la poligamia rebaja y brutaliza, tanto

el cuerpo como el alma. Aquí pues, está la gloriosa excelencia del cristianismo: En que revivió y restableció la institución original del matrimonio y restauró la fortuna, la persona, el rango y la felicidad a la mujer, todo lo cual le fue robado por la poligamia. De esta manera, elevó al sexo femenino a la condición a la que había sido destinado por su sabio y benéfico Creador... la fuente de la prosperidad nacional procede del corazón de la familia y la constitución familiar es el molde en el que se vierte el carácter nacional. Y este molde debe necesariamente tomar su forma en la unidad, santidad e inviolabilidad del matrimonio.

El celo con el que el cristianismo guarda la santidad del vínculo matrimonial debe ser siempre visto como teniendo la más favorable influencia en la condición de la mujer. Si éste se relaja o debilita, en ese mismo momento la mujer pierde dignidad, pureza y felicidad. Ha habido naciones en las que la facilidad para divorciarse sustituyó a la poligamia y, por supuesto, fue acompañada con algunos de sus vicios y muchas de sus miserias también... ¡Con qué devota y reverencial gratitud debería ella volverse al Maestro divino, quien interpuso su autoridad para fortalecer el vínculo matrimonial y guardarlo de ser dañado a causa de la pasión ilícita o los dictados del temperamento o del capricho! ¡Cómo debería regocijarse de oírlo decir: “Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera” (Mt. 19:9)!

Puedo, seguramente, mencionar la igual participación en la bendición religiosa a la que las mujeres son admitidas por la fe cristiana. El apóstol declara explícita y firmemente que a las mujeres les corresponden todas las bendiciones obtenidas por Cristo para la raza humana, cuando dice: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gá. 3:28). Ésta es el acta que concede a la mujer todas las bendiciones de la salvación... No hay bendición necesaria para la vida eterna que ella no reciba en la misma medida y de la misma manera que el otro sexo... El cristianismo sitúa a la mujer al lado del marido, la hija al lado del padre, la hermana al lado del hermano y la doncella al lado de la señora en el altar familiar, en las reuniones de la Iglesia, en la Mesa del Señor y en la congregación del santuario... Hombre y mujer se encuentran juntos en la cruz y se encontrarán en las regiones de gloria. ¿Puede tender algo de manera más efectiva a levantar y mantener la condición de la mujer que esto? Dios en todas sus ordenanzas, Cristo en sus actos y el Espíritu Santo en su obra de gracia dieron a la mujer su apropiado lugar en el mundo al darle un apropiado lugar en la Iglesia. Es ella quien con particular vehemencia ha de decir: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó... juntamente con él

nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:4, 6).

Pero el golpe final que el cristianismo da para elevar la condición de la mujer es invitarla a usar sus energías e influencia para promover la extensión de la fe cristiana en el mundo y para que, de esta manera, cumplir a través de ella, así como de los hombres, los grandes propósitos de Dios en la redención del mundo por la misión de su Hijo... De esta manera, el cristianismo ha dado cumplimiento a su naturaleza y preceptos en la real elevación del carácter de la mujer allí donde ha ido... Miremos como miremos el cristianismo, lo contemplemos en sus manifestaciones para el otro mundo o para éste, en sus relaciones para con Dios o para con la sociedad, en sus sublimes doctrinas o su pura moralidad, vemos una forma de inimitable belleza capaz de cautivar todo corazón, excepto aquel que está endurecido por la falsa filosofía, infidelidad manifiesta o crasa inmoralidad. Pero nunca aparecerá más amable que en su relación con la mujer. ¡Con qué equidad mantiene el equilibrio entre los sexos! ¡Con qué amabilidad levanta su escudo ante el vaso más débil! ¡Con qué sabiduría mantiene el rango y derechos de aquellas, cuya influencia es tan importante para la sociedad y, sin embargo, limita sus derechos para que no sean llevadas tan lejos que, al final, frustren su fin!... La virtud, dignidad, honor y felicidad de la mujer en ningún lugar están a salvo, sino bajo la protección de la Palabra de Dios. La Biblia es el escudo del sexo femenino, quien bajo su protección está seguro en sus derechos, su dignidad y su paz. La Biblia es su viña y su higuera, bajo la cual, en paz y reposo, ellas pueden gozar de su sombra y disfrutar de su fruto. La Biblia protege su pureza de mancha y su paz de perturbación... ¡Mujer! Mira a tu Salvador para el mundo futuro como tu emancipador en el presente. Ama la Biblia como el acta de tu libertad y el guardián de tu felicidad. Y considera la Iglesia de Cristo como tu refugio de los males de la opresión y los artificios de la seducción.

Tomado de *Female Piety* (La piedad femenina), reimpresso por Soli Deo Gloria, una división de Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

John Angell James (1785-1859): Predicador y autor congregacionalista inglés; predicó y escribió a la gente corriente de todas las edades y de todo tipo de condición en la vida; fue tenido en alta estima, aun siendo un hombre humilde y sin pretensiones que dijo: “Mi propósito es el de ayudar al cristiano a practicar la verdad de la Escritura”. Autor de *Female Piety* (La piedad femenina), *A Help to Domestic Happiness* (Una ayuda para la felicidad familiar), *An Earnest Ministry* (Un ministerio sincero) y muchos otros.



LA MISIÓN DE LA MUJER

John Angell James (1785-1859)

“Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” —Génesis 2:18.

La mujer, como tal, tiene su misión. ¿Cuál es ésta? ¿Cuál es precisamente el rango que ella ha de ocupar? ¿Qué propósito ha de cumplir, por encima del cual ella se exalta indebidamente y por debajo del cual sería injustamente degradada? Éste es un asunto que tendría que comprenderse a fondo para que ella pueda saber qué reclamar y el hombre qué conceder; para que ella pueda saber lo que tiene que hacer y para que él pueda saber lo que él tiene derecho a esperar.

Intentaré responder a esta pregunta señalando la naturaleza de la misión de la mujer. Al hacerlo, consultaré el infalible oráculo de la Escritura y no las especulaciones de los moralistas, economistas y filósofos. Sostengo que nuestra regla en el asunto que tenemos delante ha de ser esto: Dios es el Creador de ambos sexos, el constructor de la sociedad, el autor de las relaciones sociales y el árbitro de los deberes, derechos y libertades. Y esto lo admiten todos los que creen en la autoridad de la Biblia. Estad contentas, mis amigas mujeres, de obedecer las decisiones de este oráculo. Tenéis toda la razón para hacerlo. Aquel que os creó es el mejor calificado para declarar el propósito de sus propios actos y vosotras podéis con seguridad, así como debéis con humildad, confiar en Él para fijar vuestra posición y saber vuestros deberes. En común con el hombre, la mujer tiene la vocación celeste de glorificar a Dios como el fin de su existencia y de cumplir con todos los deberes y gozar de todas las bendiciones de una vida piadosa. Como el hombre, ella es una criatura pecadora, racional e inmortal, situada bajo una economía de gracia y llamada, por el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo, a la vida eterna. La fe cristiana es, tanto su vocación como la del otro sexo. En Cristo Jesús no hay varón ni mujer, sino que todos están a un mismo nivel en cuanto a obligaciones, deberes y privilegios...

Para saber cuál es [la misión de la mujer], debemos, como he dicho, consultar las páginas de la Revelación y establecer el expreso motivo de Dios para crearla: “Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré *ayuda idónea para él*” (Gn. 2:18). Esto también se expresa o, más bien se repite, donde se dice: “Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas *para Adán* no se halló *ayuda idónea para él*” (Gn. 2:20). De estas palabras, nada puede ser más

claro que la mujer fue hecha *para* el hombre. Adán fue creado como un ser con unas tendencias sociales sin desarrollar, que de hecho parecen esenciales a todas las criaturas. Es la sublime particularidad de la divinidad, el ser enteramente independiente de todos los demás seres para ser feliz. Él, y Él solo, es el centro de su propia gloria, la fuente de su propia felicidad y el objeto suficiente de su propia contemplación, sin necesitar nada más para su propia felicidad que la comunión consigo mismo. Un arcángel en el cielo, estando solo, podría añorar, aun allí, algún compañerismo, ya sea divino o angélico.

Adán, rodeado por todas las glorias del paraíso y por todas las distintas variedades que éste contenía, se encontró solo y necesitado de compañerismo. Sin este compañerismo, su vida no era más que soledad, Edén mismo era un desierto. Dotado de una naturaleza demasiado comunicativa para ser satisfecha sólo por sí mismo, él anhelaba estar en sociedad, tener ayuda, contar con algún complemento a su existencia, la cual sólo se vivía a medias mientras él permanecía solo. Formado para pensar, para hablar, para amar, sus pensamientos ansiaban otros pensamientos con los que compararse y ejercer sus elevadas aspiraciones. Sus palabras se gastaban tediosamente en el aire caprichoso o, como mucho, despertaban un eco, que se burlaba en vez de responderle. Su amor, en lo que respecta al objeto terrenal, no conocía dónde reposar y, al volver a su propio seno, amenazaba en degenerar en un egoísmo desolador. En suma, todo su ser anhelaba a otro ser como él, pero no existía otro ser como él; no había ayuda idónea para él. Las criaturas visibles que lo rodeaban estaban demasiado por debajo suyo y el Ser invisible que le dio vida estaba muy por encima de él para unir su condición a la suya. Con lo cual, Dios creó a la mujer y el gran problema se resolvió inmediatamente.

La característica del hombre no caído fue la de querer tener a alguien con quien simpatizar en sus alegrías, de la misma manera que la del hombre caído es la de querer tener a alguien con quien simpatizar en sus penas. No sabemos si Adán era tan consciente de sus necesidades como para pedir compañía. En el relato inspirado parece como si la idea de este precioso beneficio se originó en Dios y como si Eva, como tantas otras gracias suyas, fue la concesión espontánea de su propia libre voluntad. De esta manera, Adán habría tenido que decir, como lo hizo uno de sus más ilustres descendientes muchos siglos después: “Porque le has salido al encuentro con bendiciones de bien” (Sal. 21:3).

Entonces, aquí está el propósito de Dios al crear a la mujer: El de ser la *ayuda idónea* para el hombre. El hombre necesitaba compañía y Dios le dio a la mujer. Y como en aquel tiempo no existía otro hombre que Adán, Eva fue formada exclusivamente para la ayuda de Adán. Esto nos enseña desde el principio que cualquier misión que la mujer tenga que

cumplir en relación con el hombre, en un sentido general, su misión, al menos en la vida matrimonial, es la de ser la *ayuda idónea* para aquel hombre con el que ella está unida. Desde el principio se declaró que todo otro vínculo, aunque no se rompería completamente, se volvería subordinado y que el hombre “dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gn. 2:24).

Si la misión de la mujer en el paraíso fue la de ser la compañera y gozo del hombre, todavía hoy está en vigor. Su vocación no ha sido cambiada por la caída. Debido a esta catástrofe, el hombre necesita todavía más urgentemente una compañera, y Dios ha hecho la misión de las mujeres todavía más explícita con la declaración de que “tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti” (Gn. 3:16). A menudo se ha visto que, ya que fue tomada del hombre, ella era igual a él en naturaleza, mientras que la misma parte del cuerpo de donde ella fue sacada indica la posición que ella debía ocupar. No fue tomada de la cabeza, para mostrar que no tenía que gobernar sobre él; ni tampoco de su pie, para enseñarnos que no tenía que ser su esclava; ni de su mano, para mostrar que no tenía que ser su instrumento; sino de su costado, para mostrar que tenía que ser su compañera. Tal vez haya en esta explicación más ingeniosidad e imaginación que el propósito original de Dios; pero si es vista como una mera opinión personal, es tanto perdonable como instructiva.

Que la mujer fue creada con el propósito de ocupar una posición de subordinación y dependencia está claro en cada parte de la Palabra de Dios. Está declarado en el texto ya citado: “Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti” (Gn. 3:16). Esto no sólo se refiere personalmente a Eva, sino a Eva como representante. Fue la ley divina de la relación de los sexos que se promulgó entonces para todos los tiempos. La frase anterior puso a la mujer, como castigo por su pecado, en un estado de dolor al dar a luz; la colocó en un estado de sujeción. Su marido tenía que ser el centro de sus deseos terrenales y hasta cierto punto también el regulador de los mismos y ella tenía que estar sujeta a él... El hombre fue creado para mostrar la gloria y alabanza de Dios, para estar subordinado a Él y a Él sólo. Además de lo anteriormente mencionado, la mujer fue creada para ser la gloria del hombre al estar subordinada a él, como su ayuda y adorno. Ella, no sólo fue hecha de él, sino para él. Toda su belleza, atractivo y pureza no son sólo expresiones de su excelencia, sino de la honra y dignidad del hombre, puesto que todas, no sólo derivaron de él, sino que fueron hechas para él.

Ésta es pues, la verdadera posición de la mujer y, si se necesita decir algo más para probarla a partir de las palabras del cristianismo, nos podemos referir al lenguaje apostólico en otros lugares, donde se insta a las mujeres a que “como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casa-

das lo estén a sus maridos en todo” (Ef. 5:24). Tampoco el apóstol Pablo está solo en esto, puesto que Pedro escribe de la misma manera. Inclínese la mujer a esta autoridad y no se sienta degradada por esta sumisión. Se ha dicho que, en la vida familiar, el hombre es como el sol, pero que la mujer es como la luna con un esplendor que recibe del hombre. Se puede decir con mayor verdad y propiedad, y de manera que produzca menos resentimiento, que el hombre brilla como si fuera el primer planeta reflejando la gloria de Dios, quien es el centro del universo moral y que la mujer, aunque deriva igualmente su esplendor de la lumbrera central y es gobernada por su atracción, aun así, es el satélite del hombre, gira alrededor de él, lo sigue en su curso y lo sirve.

He aquí, por tanto, lo digo de nuevo, que la posición y misión de la mujer se resume en amor y sujeción a su marido. Todo lo que tiene que ver con la relación del hombre y la mujer tiene, sin embargo, desde la caída, un carácter más serio. El amor de la mujer se ha vuelto más ansioso, su humildad más profunda. Vergonzosa de sus propios defectos y ansiosa de recuperar su lugar en el corazón de su marido, la mujer vive para reparar el mal que causó al hombre y prodiga sus consolaciones, que pueden endulzar las amarguras presentes del pecado, y sus advertencias, que pueden guardarlo de las amarguras futuras del infierno.

La mujer, pues, cualquiera que sea la condición que pueda tener en la sociedad en general, cualesquiera que sean los deberes derivados de esta condición que ella debe cumplir y cualesquiera que sean los beneficios que ella pueda tener por el recto cumplimiento de estos deberes sobre la comunidad, debe considerarse a sí misma, principalmente, como llamada a promover el bienestar del hombre en sus relaciones privadas. Ella promoverá su propia paz al promover la del hombre y *podrá recibir de él todo ese respeto, protección y siempre continuo afecto, los cuales, su naturaleza igual a la del hombre, su compañerismo y su dedicación le dan justo derecho a reclamar.* Ella ha de ser, en la vida matrimonial, su continua compañera, en cuya sociedad el hombre ha de encontrar a aquella con quien él está mano a mano, ojo a ojo, labio a labio y corazón a corazón; a quien él puede cargar con los secretos de un corazón lleno de preocupaciones o exprimido de angustia; cuya presencia será para él mejor que toda sociedad; cuya voz será su música más dulce, cuyas sonrisas serán sus más brillantes rayos del sol; de quien se tiene que ir con lástima y a cuya compañía él regresa con pies presurosos cuando los trabajos del día han pasado; quien andará cerca de su corazón lleno de amor y sentirá los latidos del afecto cuando sostenga su brazo con el suyo y le oprima en su costado. En sus horas de conversación privada, él le contará todos los secretos de su corazón, encontrará en ella todas las capacidades y todas las solicitudes del más tierno y querido compañerismo, y en sus amables

sonrisas y palabras sin restricción gozará todo lo que puede esperarse de aquella que Dios le dio para ser su compañera y amiga.

En este compañerismo, donde la mujer fue creada para ayudar al hombre, deben, por supuesto, incluirse los compasivos oficios de consoladora. Su papel, en sus horas de privacidad, es el de consolarlo y alegrarlo; cuando está herido o insultado, el de sanar las heridas de su afligido espíritu; cuando está cargado por la preocupación, el de aligerar su carga al compartirla; cuando está gimiendo con angustia, el de calmar por sus pacíficas palabras, el tumulto de su corazón y actuar en todas sus penas como un ángel ministrador.

Ni ella debe negarse a *ofrecer* los consejos de sabiduría que su prudencia sugeriría, ni él debe negarse a *recibirlos*, aunque ella pueda no estar íntimamente familiarizada con todos los enredos que tienen que ver con los asuntos de este mundo. El consejo de la mujer, si hubiera sido buscado o seguido, habría salvado a miles de hombres de la bancarrota y la ruina. Pocos hombres han lamentado tomar consejo de una esposa prudente, mientras multitudes se han tenido que reprochar a sí mismos por su locura en no preguntar y, otras multitudes, por no seguir los consejos de tal compañera.

Si pues, ésta es la misión de la mujer conforme a la representación de su todopoderoso Creador, la de ser la *ayuda idónea* de ese hombre a quien ella se ha entregado como compañera en su peregrinaje sobre la tierra, esto obviamente supone que el matrimonio, contraído con una debida estima de la prudencia y bajo todas las debidas regulaciones, es el estado natural, tanto del hombre como de la mujer. Y así lo afirmo, en verdad lo es. La Providencia lo ha querido y la naturaleza lo incita. Pero como las excepciones son tan numerosas, ¿no hay misión para aquellos que pertenecen a la excepción? ¿Es la mujer casada la única que tiene una misión y una misión importante? Ciertamente no. En estos casos, recurro a la misión de la mujer en la sociedad en general. ¿No es ésta de la mayor importancia? ¿No ha sido admitido en todas las épocas y por todos los países que la influencia del carácter femenino sobre la virtud y la felicidad de la sociedad, y sobre la fortaleza y prosperidad de la nación, es enorme, sea para bien o para mal?... Cada mujer, sea rica o pobre, casada o soltera, tiene un círculo de influencia en el que ella, conforme a su carácter, está ejerciendo cierta cantidad de poder para bien o para mal. Cada mujer, por su virtud o por su vicio, por su sabiduría o por su locura, por su dignidad o por su ligereza, está añadiendo algo a nuestra elevación o degradación nacional. En la medida que la virtud femenina es prevaleciente en la sociedad, sostenida por un sexo y respetada por el otro, una nación no puede caer muy bajo en la escala de la ignominia al hundirse en las profundidades del vicio.

Hasta cierto punto, la mujer es el conservante de la prosperidad de la nación. Su virtud, si es firme e incorrupta, será el centinela sobre el imperio. La ley, la justicia y las artes, todas ellas contribuyen, por supuesto, al bienestar de la nación; la influencia benéfica fluye de varias fuentes e innumerables actores pueden contribuir a ella, cada uno actuando en su vocación por el bienestar del país. Pero si el tono general de la moralidad femenina es bajo, todo será en vano, mientras que, por otra parte, la prevalencia universal de la inteligencia y virtud de la mujer hará crecer la corriente de la civilización a su nivel más alto, impregnándola con sus ricas cualidades y propagando su fertilidad sobre la superficie más amplia. *No es probable que una comunidad sea derrocada, allí donde la mujer cumple con su misión porque ella, por el poder de su noble corazón sobre el corazón de los demás, la levantará de sus ruinas y la restaurará de nuevo a la prosperidad y el gozo.* Aquí entonces, tanto más allá del círculo de la vida matrimonial como en él, está sin duda parte de la misión de la mujer y una parte bien importante. Su campo es la vida social, su objeto es la felicidad social, su recompensa es la gratitud y el respeto social.

Si estoy en lo correcto en cuanto a la naturaleza de la misión de la mujer, no puedo errar en la correcta esfera de la misma. Si ella fue creada para el hombre y no sólo para la raza humana, sino para un hombre, entonces la fácil y necesaria consecuencia es que el hogar es el escenario adecuado para la acción e influencia de la mujer. Hay pocas palabras en el lenguaje que agrupen tantas benditas asociaciones, así como deleitan a cada corazón, como la palabra “hogar”. El Elíseo del amor, la cuna de la virtud, el jardín del gozo, el templo de la concordia, el círculo de todas las tiernas relaciones, el lugar de juegos de la niñez, la morada del hombre, el retiro de la vejez; donde la salud ama gozar de sus placeres, la prosperidad se deleita en sus lujos y la pobreza soporta sus rigores; donde la enfermedad puede mejor soportar sus dolores y la mortal naturaleza expira; hogar que lanza su hechizo sobre aquellos que están en su círculo encantado y aun envía sus atracciones más allá de los océanos y continentes, atrayendo hacia sí los pensamientos y deseos de los hombres que se alejan de él para irse a las antípodas —este hogar, el dulce hogar, es la esfera de la misión de la mujer casada—.

Tomado de *Female Piety* (La piedad femenina), reimpresso por Soli Deo Gloria, una división de Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

John Angell James (1785-1859): Autor y predicador congregacionalista inglés; nació en Blandford Forum, Dorset, Inglaterra.

DESCRIPCIÓN DE LA MUJER VIRTUOSA

Charles Bridges (1794-1869)

Proverbios 31:10-31

Tan raro es este tesoro que se hace esta pregunta: “*Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?*” (Pr. 31:10). Abraham envió a su criado a una tierra lejana para que su amado hijo tuviera esta inestimable bendición (Gn. 24:3,4). Tal vez una razón de la rareza de este don sea que apenas se busca. Demasiado a menudo se buscan los logros, no las virtudes; las recomendaciones que provienen de lo exterior y que son secundarias, más bien que la piadosa valía interna.

La pregunta también sugiere el valor del don una vez que es hallado. Aun la porción de Adán en el estado de inocencia no estaba completa hasta que su generoso Padre le hizo una “ayuda idónea para él” (Gn. 2:18). Verdaderamente, su estima sobrepasa a la de las piedras preciosas. Ningún tesoro es comparable a ella...

Versículos 11-12. Ya se ha hablado acerca del valor de una mujer virtuosa; ahora se darán sus diferentes características. Las primeras líneas del retrato describen su carácter como esposa. Su fidelidad, integridad de corazón y cariñoso cumplimiento del deber hacen que el corazón de su esposo *esté confiado en ella*. Él siente que ella tiene cuidado de su bienestar, que se aligeran sus cargas y que su mente se libera de muchas irritantes preocupaciones. Durante una obligada ausencia del hogar, él está tranquilo, habiendo dejado sus asuntos a salvo en las manos de su mujer, a la vez que está seguro de que será recibido con una alegre sonrisa. De esta manera, una mujer fiel y un esposo que confía en ella se bendicen mutuamente. Con tal joya por mujer, el esposo no tiene ninguna falta de confianza. Su casa es el hogar de su corazón. Él no necesita estar investigando con sospechas en los asuntos que ha confiado a su mujer. Mientras él dirige en la esfera de afuera, él la anima a dirigir en la esfera de adentro. Todo se conduce con tal prudencia y economía que *no carecerá de ganancias*, no tendrá tentación de ganancias injustas, no tendrá necesidad de dejar su hogar feliz para enriquecerse con un botín de guerra. El apego a tal mujer dura todo el tiempo de su unión —es constante y continuo—. En lugar de abusar de su confianza, ella sólo busca hacerse cada día más digna de ésta, no estando irritada ni insegura, teniendo cuidado de cómo ha de agradar a su esposo (1 Co. 7:34), *le da ella bien y no mal todos los días de su vida*. ¡Ojalá siempre fuera

así! Pero mira cómo Eva, la *ayuda idónea*, se convirtió en tentadora; cómo las mujeres de Salomón apartaron su corazón; cómo Jezabel incitó a su marido a cometer abominable maldad; cómo la mujer de Job le dijo a su marido “maldice a Dios, y muérete” (Job 2:9); considera la dolorosa cruz de la mujer rencillosa (Pr. 21:9; 25:24); todo esto es un terrible contraste: Les dieron *mal, no bien*. Otras veces hay una mezcla de *mal con el bien...* Pero en este retrato, es solo *bien y no mal*.

El bienestar de su esposo es su preocupación y su reposo. Vivir para él es su mayor felicidad. Aun si sus cuidadosas atenciones con este fin no siempre son vistas, no obstante, ella nunca albergará sospecha de indiferencia o de falta de cariño; ni acabará resentida porque se imagine que es objeto de falta de atención, ni causará una discusión agitada, con poco fundamento, por una afectada o mórbida sospecha.

Este cuidado desinteresado y devoto afecto, cuando está conducido por principios cristianos, adorna muy hermosamente el santo y honorable estado del matrimonio. Si bien él implica sujeción, no conlleva degradación. Ciertamente, no se puede desear mayor gloria que la que le es dada al matrimonio, puesto que ilustra “el gran misterio” de “Cristo y de la iglesia” (Ef. 5:32), la identidad de los intereses entre ellos: Las pruebas de ella son las de Él y la causa de Él, la de ella.

Versículos 13-27. Este bello carácter se presenta según los usos de los tiempos antiguos, aunque los principios generales son de aplicación universal. Describe, no sólo la mujer de un hombre de alto rango, sino a una gran mujer sabia, útil y piadosa en sus responsabilidades domésticas. Es una mujer que profesa piedad, adornada “*con buenas obras*” (1 Ti. 2:10); una María no menos que una Marta... Sin embargo, una cosa sobresale. El estándar de piedad que se exhibe aquí no es el de una reclusa religiosa, apartada de las obligaciones cotidianas con la excusa de tener así una mayor santidad y consagración a Dios. Aquí no encontramos ninguno de estos hábitos de ascetismo monástico que son ahora alabados como el punto más alto de perfección cristiana. Al menos, la mitad del retrato de la mujer virtuosa trata de su industria personal y doméstica. ¡Qué gran reprensión es esto para la autoindulgente inactividad!

Pero miremos más de cerca los rasgos del retrato puesto ante nosotros. Sus hábitos personales están llenos de energía. Las labores manuales, incluso el servicio en tareas inferiores, fueron el empleo de las mujeres de alto rango en los tiempos antiguos. La abnegación aquí es un principio fundamental. *La mujer virtuosa* va delante de sus siervos en diligencia, no menos que en dignidad, no imponiéndoles nada que ella no haya tomado sobre sí, dirigiendo su casa eficientemente por el

gobierno de sí misma. De esta manera, *ella busca* los materiales para trabajar. Su aguja está al servicio de su familia. En vez de una acallada murmuración tras una demanda inconveniente, ella establece el patrón de trabajar *con voluntad con sus manos*. En vez de perder el tiempo al no hacer nada mientras ellos están trabajando, ella considera que no es ninguna vergüenza ocuparse con *el huso y la rueca*. Trabaja temprano y tarde, *levantándose aun de noche*. Al fruto de su trabajo le da un buen fin y lo intercambia por *comida traída de lejos*. *Su mercancía* es de buena calidad —le entrega *tapices, lino fino y púrpura a los comerciantes*—. Toda su alma está en su trabajo —*se ciñe sus lomos y esfuerza sus brazos*—, estando lista para hacer cualquier trabajo adecuado a su sexo y posición. La tierra también recibe su debida atención. Siempre cuidadosa de los intereses de su marido, *ella considera* el valor de un *campo* y, si es una buena adquisición, lo *compra y planta una viña* para que rinda lo mejor.

De nuevo observamos su conducta como ama de casa. Y aquí también, su adoración no consiste en que dedica su tiempo a ejercicios devocionales personales (aunque ella como “mujer que teme a Jehová” (vs. 30), los valora debidamente), sino que, conforme al canon de la Escritura, gobierna su casa (1 Ti. 5:14), mirando cuidadosamente por sus tareas, distribuyendo tanto su comida como su trabajo en la debida proporción y a su debido tiempo. Ésta es su responsabilidad. Si “sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde” (Sal. 104:23), el trabajo de la mujer es ser “[cuidadosa] de su casa” (Tit. 2:5). Y, ciertamente, es hermoso ver cómo por su industria, abnegación y vigor, ella “edifica su casa” (Pr. 14:1). *Se levanta aún de noche*, no para ser admirada ni para que hablen bien de ella, sino para *dar comida a su familia*. Es sobresaliente también la delicadeza con la que ella preserva su propia esfera... *Considera tan bien los caminos de su casa*, muestra tal inagotable energía en cada área de la vida, que nadie la puede acusar de *comer el pan de balde*. En su casa, el orden es el principio de su dirección. Ni su cuidado previsor se limita sólo a los suyos. Su *huso y su rueca* trabajan, no sólo para ella o para su casa, sino para *el pobre y el menesteroso*. Y, habiendo primero derramado su alma (Is. 58:10, RV 1909), *ella abre sus manos* (Dt. 15:7, 8) para abrazar a aquellos que están lejos de ella con la fuente de su amor y, de esta manera, la bendición de los que iban a perecer viene sobre ella (Job 29:13; Hch. 9:39). Su espíritu y sus maneras son también del mismo carácter y están en plena concordancia con su profesión... La mujer piadosa, no sólo tiene la ley del amor en su corazón, sino *sabiduría en su boca y en su lengua, la ley de clemencia*. El mismo amor que rige su corazón gobierna su lengua... De esta manera, ciertamente, “la mujer virtuosa es corona de su marido” (Pr. 12:4). “*Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra*” (Pr. 31:23), como alguien que ha sido bende-

cido con tesoros extraordinarios de felicidad; que tal vez debe su prosperidad a la abundancia adquirida por la dirección del hogar por parte de ella y, podría ser, como aquel que debe la preservación y establecimiento de su virtud, al ánimo proporcionado por el ejemplo y la conducta de su esposa. En cuanto a sí misma, muchas y evidentes bendiciones están sobre ella. *La fuerza es la vestidura* de su hombre interior. La resolución y el coraje cristianos la elevan por encima de las turbadoras dificultades. *La vestidura del honor* la marcan con la aprobación del Señor, como su sierva fiel, la hija de su gracia y la heredera de su gloria...

Versículos 28-31: *La mujer virtuosa* obviamente está promoviendo su propio interés. Pues, ¿qué mayor felicidad terrenal puede conocer que la reverencia que le dispensan sus hijos y la *alabanza* de su marido? Podemos imaginarnos su condición: Coronada con los años, sus hijos crecidos, tal vez ellos mismos rodeados con familias y tratando de dirigir las como ellos habían sido dirigidos. Su madre está constantemente ante sus ojos. Su guía tierna, sus sabios consejos, su disciplina amorosa, su ejemplo santo permanecen vívidamente en sus recuerdos. Ellos no cesan de *llamarla bienaventurada* y de bendecir al Señor por ella como su inestimable don. *Su esposo la alaba* cariñosamente. Su apego a ella estaba basado, no en *los engañosos y vanos encantos de la belleza*, sino en *el temor del Señor*. Por tanto, ella está en sus ojos hasta el final, es la estancia de sus años de la vejez, el bálsamo de sus preocupaciones, la consejera en sus confusiones, la consoladora en sus penas, el rayo de luz de sus alegrías terrenales (Eclesiástico¹ 36:23-24). Tanto los hijos como el esposo se unen en reconocimiento agradecido: “*Muchas mujeres hicieron el bien, mas tú sobrepasas a todas*”.

Pero nos podemos preguntar, ¿por qué las recomendaciones exteriores no forman parte de este retrato? Todo lo que está descrito es sólida excelencia; *la gracia es engañosa*. Una graciosa forma y apariencia, a menudo acaban en un desengaño más amargo de lo que es posible expresar con palabras. A menudo, estas encubren las más viles corrupciones. Y entonces la *belleza*, ¡qué *vanidad* pasajera es! Un ataque de enfermedad la barre (Sal. 39:11). La pena y las preocupaciones marchitan sus encantos. E incluso si permanece, tiene poco que ver con la felicidad. Se manifiesta como la ocasión fructífera de problemas, la fuente de muchas hirientes tentaciones y trampas y, sin un principio sustan-

¹ **Eclesiástico** – También conocido como La Sabiduría de Ben Sira o simplemente Sirácida. Bridges está aquí refiriéndose a los Apócrifos, una colección de libros que el Catolicismo Romano y la Ortodoxia Oriental consideran como canónicos. Aunque los Apócrifos fueron incluidos en un apartado distinto entre el Antiguo y el Nuevo Testamento en las ediciones originales de la Biblia del Rey Jacobo de 1611, ni los judíos ni las iglesias protestantes han creído que los escritos Apócrifos fueran parte de la Escritura inspirada e infalible.

cial para una mente lúcida, se convierte en un objeto de repulsión más bien que de atracción (Pr. 11:22).

El retrato, aquí dibujado por inspiración divina, comienza con el toque de una mujer virtuosa y completa la escena con los trazos de *una mujer que teme al Señor* (31:10, 30). Por las bellas características descritas —su fidelidad a su marido, sus hábitos activos, su buena gestión y diligencia con su familia, su consideración para las necesidades y la comodidad de los demás, su conducta cuidadosa, su ternura para con el pobre y menesteroso, su comportamiento atento y amable para con todos—, vemos que todo su carácter y gracia sólo pueden proceder de la virtud que se identifica con la piedad vital. Son los buenos frutos que muestran que el árbol es bueno (Mt. 7:17). Ellos son ese fruto, que procede de un principio recto, que el corrompido tronco natural de un hombre nunca podrá producir.

¡Cuán valioso es este retrato como directorio para la elección del matrimonio! Sea la *virtud*, y no la belleza, el objeto principal. Sea puesta en contra de la *vanidad de la belleza*, la verdadera felicidad, que está relacionada con *la mujer que teme al Señor*. Aquí está la sólida base de la felicidad. “Si —dice el obispo Beveridge— la escojo por su *belleza*, la amaré sólo mientras esta continúa y, entonces, adiós de repente tanto al deber como al gozo. Pero si la amo por sus virtudes, entonces, aunque todos los demás arenosos fundamentos caigan, con todo, mi felicidad permanecerá entera”. “De esta manera —dice Matthew Henry— cerramos este espejo para las mujeres, el cual se desea que ellas abran para vestirse según él. Y si lo hacen, su atavío será hallado para alabanza, y honor y gloria en la manifestación de Jesucristo”.

Tomado de *Proverbs* (Proverbios), reimpresso por The Banner of Truth Trust (El Estandarte de la Verdad), www.banneroftruth.org.

Charles Bridges (1794-1869): Un líder del partido evangélico en la Iglesia de Inglaterra. Conocido por obras como *The Christian Ministry* (El ministerio cristiano), *Proverbs* (Proverbios) y *Psalms 119* (Salmo 119).



Los hombres idolatran a las mujeres de una forma lamentable y esto las hace vanas y orgullosas de su belleza, y más celosas de que su rostro se deforme que de su alma. Pero, ¿qué es la carne y la sangre, sino una mezcla de tierra y agua? ¿Qué es la belleza, sino una apariencia superficial, una flor condenada por un millar de accidentes? ¿Qué pronto desaparecen los colores y el encanto del rostro? ¡Con cuánta frecuencia delatan aquellos pecados que se castigan notablemente con la deformidad y la podredumbre más sucias! Las más hermosas no son menos mortales que las demás; pronto serán presa de la muerte y pasto de los gusanos. ¿Puede un juguete que tan pronto se deteriora inspirarles orgullo? — *William Bates*

CRISTO LLAMA A LAS MUJERES JÓVENES

Thomas Vincent (1634-1678)

“Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es tu señor”
—Salmo 45:10-11.

Este salmo se conoce como una canción de amores, los amores más altos, puros y espirituales, los más queridos, dulces y deleitosos, a saber, los amores entre Cristo, el amado, y su Iglesia, que es su Esposa. Aquí se expone, primero, al Señor Jesucristo en su majestad, poder y divinidad, su verdad, mansedumbre y equidad y, después, se expone a la Esposa en relación con sus adornos, compañeros, acompañantes y posteridad. Y, se expone a ambos, según su amor y belleza. Tras la descripción que se hace de Cristo, se hace una invitación a su Boda con los hijos de los hombres, llamados por el nombre de “hija”. Por consiguiente, es particularmente aplicable a las hijas de los hombres, aunque no hasta el punto de excluir a los hijos de los hombres, más de lo que Dios hace con las hijas de los hombres cuando le habla a los hijos. Hablaré ahora acerca de las palabras y, a partir de ahí, consideraré esta doctrina de manera tan extensa como me sea posible...

1. Cristo se desposa con gente para sí en este mundo. La ceremonia pública del matrimonio está reservada para el último día cuando su Esposa sea traída a Él con blancas ropas y vestiduras de perfecta justicia, la cual es más rica y pulcra que cualquier otro vestido. La fiesta de matrimonio tendrá lugar en la casa de su Padre en el cielo, cuando ellos sean recibidos en los abrazos más cercanos e íntimos de su amor. La boda entre ellos y el nudo matrimonial están asegurados aquí.

2. Cristo invita a todos los hijos de los hombres y, particularmente, a las hijas de los hombres, a ser su Esposa. Esto es a lo que se les invita en el texto. Es por este motivo que Cristo envía a sus ministros para que sean sus embajadores, a los que Él da comisión, en su nombre, de llamar a los hijos de los hombres a esta más cercana y dulce relación. Sus ministros representan a su Persona y han de invitar y atraer en su Nombre, de manera que la gente pueda venir y unirse a Él. Cuánto éxito tuvo su embajada entre ellos, el apóstol Pablo lo dice a los corintios: “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Co. 11:2). Y cuando algún ministro es instrumento para la conversión de alguien, ha desposado a esa persona con Cristo. En la conversión, los pecadores se divorcian del pecado y se desposan con el Señor Jesús...

¿No llama el Señor Jesucristo, el Rey de gloria, a todos los hijos de los hombres y, particularmente, a las hijas de los hombres, a ser su Esposa? ¿Y desea tan grandemente la belleza de aquellos que están unidos a Él? Esto, pues, debería hacer que todos vosotros inquiráis si realmente estáis desposados con Jesucristo. Habéis sido llamados a esto; ¿habéis prestado atención?...Si estáis desposados con Cristo, entonces:

1. Estáis separados del pecado. ¿Está rota la unión maldita que existe naturalmente entre el pecado y vuestros corazones? Se puede decir que antes que estuvierais desposados con Cristo, vosotros estabais desposados y casados con el pecado. El pecado es vuestro esposo y vosotros estáis atados bajo su cautiverio. El pecado habita en vosotros y habita en los abrazos de vuestro más querido amor y deleite. Os preocupáis de las cosas del pecado, de cómo podéis agrandar a vuestra carne y gratificar vuestros deseos desordenados. Y mientras este esposo y amado de vuestros corazones viva, no sois libres para desposaros y casaros con Jesucristo. El pecado vive en los afectos mientras éste posee los afectos más dominantes y atrayentes y, en la medida que estéis unidos y ligados al pecado, examinad si el pecado ha recibido o no sus heridas mortales en vuestros corazones; si la falsa máscara del pecado alguna vez ha sido quitada y su carácter aborrecible os ha sido alguna vez manifiesto para vosotros; si vuestros corazones han sido llevados a aborrecerlo y detestarlo; si el pecado ha sido muerto en vuestros afectos y se ha desatado el nudo que ataba vuestros corazones a él. ¿Realmente aborrecéis el pecado con el mayor y más implacable odio? ¿Está el pecado mortificado y dominado como poder supremo? Si el pecado está muerto, estáis libres para casaros y es una buena señal de que estáis desposados con Jesucristo.

2. Si estáis desposados con Cristo, entonces habéis sido llevados a Él por el Espíritu. “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44). Habéis tenido los llamamientos externos de la Palabra para que vengáis a Cristo; ¿habéis sido llamados eficazmente y llevados poderosamente y, sin embargo, muy dulcemente por el Espíritu de Cristo? ¿Habéis conocido por el Espíritu, no sólo de vuestra necesidad y de vuestra vil condición al estar sin interés por Cristo, sino también de su belleza y transcendente atractivo, su excelencia y gran disposición a recibirnos en esta relación? ¿Y habéis sido movidos y llevados por esta acción a Él?

3. Si estáis desposados con Cristo, entonces habéis echado mano de Él por medio de la fe. El Espíritu nos lleva a Cristo obrando la gracia de la fe y capacitando a las personas para que crean en Él. Se recibe a Cristo por la fe. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12). Al creer en el nombre de Cristo, la gente recibe a Cristo en esta relación. La fe es la mano del alma que echa mano de Cristo y, por este estre-

chamiento de manos con Cristo, se ata el nudo del matrimonio y el alma se une a Cristo en la relación de Esposa. ¿Tenéis esta gracia de la fe obrada en vosotros con poder? ¿Habéis recibido y aplicado a Cristo a vosotros mismos? ¿Lo habéis recibido bajo sus propias condiciones? ¿Y por fe obtenéis apremiantes y fortalecedoras influencias de Él?

4. Si estáis desposados con Cristo, entonces lo abrazaréis con los brazos de vuestro más tierno amor; entonces amaréis sinceramente al Señor Jesús y lo amaréis con la supremacía de vuestro amor. Si amáis a padre o madre, casas o tierras, riquezas u honores, deleites o placeres, o cualquier cosa en el mundo más que a Cristo, no tenéis el verdadero amor a Cristo. Estad seguros de que, si éste es vuestro caso, no estáis desposados con Él. Pero si Cristo es amado por encima de todo, esto es una evidencia de que estáis unidos en esta relación con Él.

5. Si estáis desposados con Cristo, tenéis familiaridad y comunión con Cristo, y lo que más os agrada es su compañía. Vosotros valoráis altamente y atendéis diligentemente a todas aquellas ordenanzas que son los medios que hacen que vosotros y Cristo os unáis. Esto es lo que deseáis y buscáis al escuchar la Palabra y en la oración y en la Mesa del Señor: Que podáis ver a vuestro amado y tener una prueba de su amor y una más íntima comunión con Él. ¿Y deseáis la familiaridad con Cristo y una mayor intimidad con Él? ¿Son las puras y poderosas ordenanzas de gran estima para vosotros? ¿Tenéis toda diligencia en esperar y buscar a vuestro amado en ellas?

6. Si estáis desposados con Cristo, entonces tratáis de promover su causa y de proclamar su nombre en el mundo. Mientras otros buscan sus propias cosas, vosotros buscáis las cosas de Jesucristo y las miráis como las vuestras propias. Cuando otros trabajan principalmente para elevarse en la estima de los hombres, vosotros trabajáis, por encima de todo, para elevar a Cristo en la estima de los hombres. Estáis recomendando a vuestro amado por encima de todos los demás y tratáis de llevar a los demás a amarlo a Él y a que entren en la misma relación con Él.

Los que no habéis sido desposados con Cristo, a vosotros os dirijo mis palabras, y esto tanto a hombres como a mujeres, pero particularmente a vosotras que sois mujeres jóvenes, a las que hoy he sido especialmente llamado a predicar... Venid, vírgenes, ¿me dejaréis ser un pretendiente para vosotras, no en mi nombre, sino en el nombre de mi Señor? ¿Puedo hacer prevalecer vuestros afectos y convenceros de que los deis a Cristo? ¿Puedo ser un instrumento para uniros a vosotras y a Cristo en este día? No seáis tímidas, como algunas de vosotras posiblemente lo seáis en vuestros otros amores. La modestia y el rubor virginal pueden muy bien conveniros al recibir propuestas de otro tipo;

pero aquí la timidez es locura y el retraso para aceptar esta propuesta es una vergüenza. Y vosotras tenéis diez mil veces más razones de sonrojaros de vuestro rechazo de Cristo como vuestro amado que de aceptarlo porque, de otra manera, el diablo y el pecado os arrebatarían vuestros afectos virginales. Nunca habéis recibido una mejor propuesta. Considerad Quién es el Señor Jesús, a Quién sois invitadas a desposaros. Él es el mejor marido; nadie es comparable a Jesucristo.

1. ¿Deseáis a alguien que sea grande? Él es el de mayor dignidad; nunca nadie subió o pudo subir a un logro tan alto ni pudo alcanzar tal excelente majestad como aquella a la que Cristo es exaltado. Él está exaltado sobre todos los reyes de la tierra. “Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Ap. 19:16). Sí, Él está exaltado por encima de los ángeles del cielo y nadie tiene tal autoridad: “Quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (1 P. 3:22). Él es el primogénito de toda criatura, por Quien y para Quien todas las cosas fueron creadas. “Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia” (Col. 1:17-18). “El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3). Él es la gloria del cielo, el querido de la eternidad, admirado por los ángeles, temido por los demonios y adorado por los santos. Si el más bajo mendigo pudiera igualarse con el príncipe más grande que nunca haya vivido, para él esto no podría suponer lo que es para vosotras estar desposadas con el Señor Jesucristo, el Rey de gloria, de cuyo honor y dignidad participaréis en esta relación y por medio de ella.

2. ¿Deseáis a alguien que sea rico? Nadie se puede comparar con Cristo, Quien es el heredero de todas las cosas (He. 1:2) y en Quien habita toda plenitud (Col. 1:19). No sólo le pertenece la plenitud de la tierra (Sal. 24:1), sino que también la plenitud del cielo está a su disposición, todas las cosas han sido dadas y entregadas a Él por el Padre (Jn. 3:35; Mt. 11:27). Las riquezas de gracia y las riquezas de la gloria están a su disposición. En Él están escondidos todos los tesoros (Col. 2:3). El Apóstol habla de las “inescrutables riquezas de Cristo” (Ef. 3:8). Las riquezas de Cristo son inescrutables por su alto valor, son inestimables; es imposible descubrir su valía. También son inescrutables por su abundancia. Son imperecederas; nadie puede hacer que la fuente de Cristo se seque. Nadie puede buscar y hallar el fondo del tesoro de Cristo. Si estáis desposadas con Cristo, compartiréis sus riquezas insondables; recibiréis de su plenitud gracia sobre gracia aquí y, en el futuro, gloria sobre gloria. Y Él hará todas las provisiones necesarias para vuestro ser exterior mien-

tras vuestra morada esté aquí en este mundo.

3. ¿Deseáis a alguien que sea sabio? Nadie es comparable a Cristo en cuanto a sabiduría. Su conocimiento es infinito y su sabiduría corresponde con su conocimiento... Cristo no es solamente sabio, sino que Él mismo es la sabiduría (Mt. 11:19). Él es la sabiduría de Dios (1 Co. 1:24). Cristo es infinitamente sabio en sí mismo y es la fuente de toda sabiduría verdadera, espiritual y celestial, que es dada a cualquiera de los hijos de los hombres. “En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3). Si estáis desposadas a Cristo, Él os guiará y os aconsejará y os hará sabias para salvación.

4. ¿Deseáis a alguien que sea poderoso, que os defienda en contra de vuestros enemigos y en contra de cualquier daño y maltrato? Nadie hay igual a Cristo en poder. Otros tienen algún poder, pero Cristo tiene *todo* el poder (Mt. 28:18). Otros pueden ser potentes, pero Cristo es omnipotente. Otros pueden tener poder, pero Cristo mismo es poder, el poder de Dios (1 Co. 1:24). Y si vosotras estáis desposadas con Cristo, su infinito poder está comprometido en vuestra defensa en contra de vuestros enemigos. Él sepultará vuestras iniquidades (Miq. 7:19) con aquel poder por el que Él es capaz de someter todas las cosas (Fil. 3:21). Él aplastará a Satanás bajo vuestros pies (Ro. 16:20). Él os preservará de la maldad del mundo (Jn. 17:15). Él hará de vosotras más que vencedoras sobre todos vuestros enemigos espirituales, los cuales, sin su ayuda, no sólo os maltratarían y os harían daño, sino que aun os arruinarían y os destruirían (Ro. 8:37).

5. ¿Deseáis a alguien que sea bueno? Nadie hay como Cristo en este sentido. Otros pueden tener alguna bondad, pero es imperfecta. La bondad de Cristo es completa y perfecta. Él está lleno de bondad y en Él no hay maldad. Él es bueno y hace el bien y, si estáis desposadas con Cristo, sin importar cuán malas vosotras seáis por naturaleza, Él os hará, en alguna medida, buenas como Él mismo lo es.

6. ¿Deseáis a alguien que sea bello? Cristo es el más hermoso de los hijos de los hombres (Sal. 45:2). Él es “blanco y rubio, señalado entre diez mil” (Cnt. 5:10). Su boca es dulcísima, sí, todo Él es codiciable (Cnt. 5:16). Sus ojos son sumamente brillantes. Sus miradas y destellos de amor son sumamente arrebatadores. Sus sonrisas son sumamente deleitosas y refrescantes para el alma. Cristo es el más bello y la persona más amable de todas las que están en el mundo. Nadie es tan perfecto en todos los sentidos como Él es perfecto y, por consiguiente, Él es sumamente deseable en esta relación. Aunque vosotras no seáis bellas en vosotras mismas, aunque estéis deformadas y contaminadas por el pecado, con todo, si estáis desposadas con Cristo, Él pondrá su atracti-

vo aspecto sobre vosotras. Él os lavará de vuestras contaminaciones en un baño hecho de su propia sangre y os hará bellas con su propia imagen y, de esta manera, llegaréis a ser hermosas en sobremanera. Y como vosotras habéis recibido permiso para deleitaros en la belleza de Cristo, así Él grandemente deseará y se deleitará en la vuestra...

7. ¿Deseáis a alguien que os ame? Nadie puede amaros como Cristo. Su amor es incomparable e incomprensible. Sobrepassa a todos los amores y sobrepassa también todo conocimiento (Ef. 3:19). Primero, su amor no tiene comienzo. Es libre, sin motivo alguno. Su amor es grande, sin medida alguna. Su amor es constante, sin cambio alguno; es eterno, no tiene final.

Fue el amor de Cristo lo que lo trajo del cielo, lo que encubrió su divinidad en un alma y un cuerpo humano, lo que le dio la forma de siervo, lo que lo expuso al desprecio, al reproche y a muchas indignidades. Fue el amor lo que lo hizo sujeto al hambre, la sed, el dolor y muchas debilidades humanas, lo que lo humilló hasta la muerte, aun a la dolorosa e ignominiosa muerte de cruz. Y cuando por amor Él acabó la obra de redención en la tierra, en lo que era necesario para la satisfacción de la justicia de Dios, fue su amor quien lo trajo de vuelta al cielo donde Él estuvo primero, de manera que Él pudo hacer aplicación de lo que había comprado para que allí, Él pudiera hacer intercesión por aquellos a los cuales Él había redimido y preparar un lugar para ellos, aun mansiones gloriosas con Él, en la casa no hecha con manos, que es eterna en los cielos. Es por amor que Él envía tales arras a su pueblo desde el cielo a la tierra, las cuales Él les transmite a través de sus ordenanzas por su Espíritu. Y sus arras de amor están infinitamente por encima de todas las otras arras de amor en dignidad y excelencia. Es seguro pues, que nadie es tan deseable para que vosotras os desposéis como el Señor Jesucristo. Si estáis desposadas con Cristo, Él es vuestro —todo lo que Él es y todo lo que Él tiene—. Vosotras tendréis su corazón y disfrutaréis de las expresiones más escogidas de su más tierno amor.

Y ahora, pongamos todas estas cosas juntas. Siendo el Señor Jesucristo incomparable en dignidad, en riquezas, en sabiduría, en poder, en bondad, en amabilidad y en amor, creo que no necesitáis otro motivo para convenceros y desposaros voluntariamente con Él.

Tomado de “Christ, the Best Husband” (Cristo, el mejor Esposo) en *The Good Work Begun* (El inicio de la buena obra), reimpresso por Soli Deo Gloria.

Thomas Vincent (1634-1678): Predicador puritano inglés, autor respetado y amado.



GRACIA PARA LA SUMISIÓN DE UNA ESPOSA

William Gouge (1575-1653)

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo” —Efesios 5:22-24.

Cuatro gracias son necesarias para sazonar el sometimiento de una esposa: Esta conclusión general podría aplicarse al *asunto* de la sumisión y también, a la *forma* de la sumisión. Para que la Iglesia reconozca a Cristo como su superior, le tema interiormente, lo reverencie con sus actos, le obedezca, absteniéndose de hacer aquello que Él prohíbe y también llevando a cabo aquello que Él ordena... hay cuatro virtudes especialmente necesarias a tal efecto, con las que la Iglesia sazona su sometimiento a Cristo; que las esposas también pueden y deben hacer lo mismo con su sometimiento a sus esposos...

I. La *humildad* es esa gracia que evita que uno tenga un concepto de sí mismo más elevado de lo necesario... si en el corazón de la esposa hay humildad, hará que tenga una mejor opinión de su esposo que de sí misma, y que esté más dispuesta a estar sujeta por completo a él. El apóstol requiere esta gracia en todos los cristianos como si fuera la salsa general que condimenta todos los demás deberes (Fil. 2:3; Ef. 4:2). Pero de una forma peculiar, es necesaria para los de rango inferior¹; sobre todo para las esposas porque existen muchas prerrogativas correspondientes al lugar que ocupan y que pronto las hará pensar que no deberían estar sujetas, a menos que tengan una mentalidad humilde. Que la Iglesia sazona con ella su sumisión queda claro en el libro del *Cantar de los Cantares*, donde ésta reconoce a menudo, su propia humildad y la excelencia de su cónyuge. Por tanto, así como la Iglesia está humildemente sujeta a Cristo, que las esposas lo estén a sus maridos.

Lo contrario es el orgullo, que hincha a las esposas y las hace pensar que no hay razón por la que deberían estar sometidas a sus maridos. Ellas pueden

¹ **Inferior** – En nuestros días, el término “inferior” se usa principalmente en el sentido de “baja calidad”, sin embargo, Gouge se refiere a la posición de la persona: “De rango más bajo, no porque tiene una naturaleza o una calidad inferior; un subordinado”. Por ejemplo, un soldado raso ocupa un rango inferior al de un sargento, pero no es menos humano que éste.

governarse a sí mismas bastante bien, sí, y también a sus maridos, ¡como ellos lo hacen con ellas! No hay vicio más pestilente que éste para un subalterno. Es la causa de toda rebelión, desobediencia y deslealtad: “Ciertamente la soberbia concebirá contienda” (Pr. 13:10).

II. La *sinceridad* es la gracia que hace que uno realmente sea por dentro lo que parece ser por fuera. Ésta es esa sinceridad de corazón que se les exige, de forma expresa, a los siervos y que puede aplicarse a las esposas porque tiene que ver con todos los tipos (Ef. 6:5). Como sólo lo discierne el Señor, quien escudriña todos los corazones (Hch. 1:24), llevará a la esposa a mantener un ojo en Él en todo lo que hace y a esforzarse para ser aprobada por Él por encima de todo... Aunque no hubiera ningún otro motivo en el mundo que la moviera a la sujeción, por motivos de conciencia hacia Cristo, debería someterse. San Pedro testifica sobre mujeres santas, que confiaban en Dios y estaban sujetas a sus esposos (1 P. 3:5). Esto implica que la conciencia de ellas hacia Dios las hace estar sujetas a sus esposos. ¿No estaba la sumisión de Sara sazónada de sinceridad cuando en su interior, en su corazón, llamaba señor a su esposo (Gn. 18:12)?

Hay grandes razones por las que las esposas deberían someterse en sinceridad:

1. *En su sumisión a sus esposos, están tratando con Cristo, en representación del cual están ellos.* Aunque sus esposos, que no son sino hombres, sólo ven el rostro y la conducta externa, Cristo ve su corazón y su carácter interior. Aunque sus esposos sólo vean las cosas que hacen delante de ellos y sólo se enteran de lo que hacen delante de otros, Cristo ve y sabe las cosas que se hacen en los lugares más secretos, cuando nadie más puede estar, y sólo la persona misma está enterada de ellas. Admitamos que en su conducta externa proporcionan gran contentamiento a sus esposos y los complacen de todas las maneras, si no hay sinceridad en ellas ¿con qué cara comparecerán delante de Cristo? Él les pedirá cuenta por ello. Delante de Él, nada de su complemento externo les servirá.

2. *Aquí existe una diferencia principal entre una verdadera esposa cristiana piadosa y una mujer que es meramente natural.* Esta última puede estar sujeta con un motivo ulterior, como por ejemplo para que su esposo pueda amarla más o para vivir de la manera más tranquila y apacible con él; o para poder obtener con mayor facilidad aquello que desea de manos de su esposo; o por temor a desagradar y enojar a su marido, sabiendo que es un hombre airado y furioso. Como al ser de otro modo él podría comportarse peor con ella, podría carecer de muchas cosas necesarias o recibir muchos golpes por no ser sumisa.

Pero la mujer cristiana siente respeto por la ordenanza de Cristo, quien convierte a su esposo en su cabeza, y por su Palabra y Voluntad, a través de las cuales se le ordena sumisión. Así, las mujeres santas se sujetaron (1 P. 3:5). La esposa cristiana no puede ser santa si no se sujeta porque éste es el dulce aroma que Cristo disfruta cuando llega hasta Él y el que hace que las cosas le sean agradables y aceptables.

3. *El beneficio de que esta virtud esté plantada en el corazón de una esposa es muy grande y esto, tanto para su esposo como para sí misma.* Para su esposo será la manifestación del respeto de ella delante de los demás, a sus espaldas como delante de él mismo en su presencia. Hará que ella le sea fiel y que ponga especial cuidado en hacer su voluntad dondequiera que él esté, con ella o lejos de ella. Para *ella*, por cuanto le ministrará un dulce consuelo interno, aunque su esposo no tomara nota de su sujeción, la malinterpretara o la exigiera con dureza. Y es que ella podría decir como Ezequías: “Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos” (Is. 38:3).

El disimulo y una mera sujeción complementaria externa es lo contrario a la sinceridad, cuando la esposa incluso llega a menospreciar a su marido en su corazón como Mical hizo con David (2 S. 6:16), pero le pone buena cara cuando él está delante... Aunque una esposa así debería llevar a cabo todos los deberes mencionados con anterioridad, para Dios estos no contarían en absoluto, si se hicieran con un corazón de doble ánimo y no con sencillez de corazón...

III. La alegría es más aparente que la sinceridad y hace que la sujeción sea más agradable, no sólo a Dios, sino también al hombre, quien por sus efectos puede discernirla con facilidad. Y es que Dios, quien hace todas las cosas de buena gana y con alegría, espera que sus hijos le sigan en esto y, por tanto, se muestren como tales. “Dios ama al dador alegre” (2 Co. 9:7), no sólo al que da limosna con alegría, sino al que cumple así todos sus deberes para con Dios y con el hombre.

Para los hombres, hacen que acepten de mejor manera cualquier deber cuando observan que se hace con alegría. Esto incluso embelesó a David de gozo, ver cómo su pueblo ofrecía sus dones de buena gana al Señor (1 Cr. 29:9). Cuando un esposo ve que su mujer realiza su deber con buena disposición y alegría, no puede sino sentir un aumento de amor. Esta alegría se manifiesta por una realización hábil, rápida y pronta de su deber. La disposición de Sara a obedecer muestra que aquello que hizo, lo llevó a cabo de buena gana. Que la Iglesia se sujeta así a Cristo es evidente en las palabras de David: “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder” (Sal. 110:3). Por tanto, así

como la Iglesia está sometida a Cristo con alegría, sométanse las esposas a sus maridos.

Contraria a esta alegría es la disposición huraña de algunas esposas que se sujetan a sus esposos y los obedecen, pero con el rostro tan sombrío y agrio, con lloriqueo y murmuración, que afligen a sus esposos más por sus modos de lo que pueden agradecerles con aquello que hacen. En esto se muestran como ante una vaca maldita, que habiendo proporcionado una abundancia de leche, la tira con el talón... Semejante sujeción no lo es en absoluto. No puede ser aceptable a Dios ni provechosa para sus esposos, ni alentadora para sus propias almas.

IV. La *constancia* es una virtud que hace que las demás sean perfectas y establece una corona sobre ellas, sin la cual todas juntas son nada. Se encuentra en aquellas esposas que, después de haber empezado bien, siguen actuando así hasta el final, recogiendo así el fruto de todo. Tiene que ver tanto con la continuidad sin interrupción como con la perseverancia, sin rebelarse ni darse por vencida. Así como no basta con estar sujeta a tropezones —ofreciendo toda buena obediencia en unos momentos y, en otros, obstinación y rebeldía—, tampoco es suficiente ser una buena esposa al principio, para resultar ser mala después. Debe haber un proceder diario, una perseverancia a través del tiempo, mientras marido y mujer vivan juntos. Esta gracia se hallaba en aquella de la que se dice: “Le da ella bien y no mal todos los días de su vida” (Pr. 31:12). Así eran todas las santas esposas elogiadas en las Escrituras... La Iglesia añade esta gracia a todas las demás virtudes que posee y, en todas las partes de su sujeción, permanece constante y fiel hasta la muerte, llegando así a recibir por fin la recompensa de su santa obediencia que es la plena y perfecta comunión con su esposo, Cristo Jesús, en el cielo. Respecto a su constancia inamovible, se dice: “Las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18). Por tanto, así como la Iglesia está constantemente sujeta a Cristo, que las esposas lo estén a sus maridos.

SOBRE EL GRADO DE LA OBEDIENCIA DE LA ESPOSA: La medida de la sujeción de la esposa queda establecida bajo estos términos generales, “en todo”, que no deben tomarse de forma tan absoluta como si no admitieran restricción o limitación alguna. Y es que entonces contradecirían advertencias como estas: “En el temor de Dios; como al Señor; en el Señor” (Ef. 5:21-22; Col. 3:18). El hombre es tan corrupto por naturaleza y de un carácter tan perverso que con frecuencia quiere y ordena aquello que se opone a la voluntad y al mandamiento de Dios. Cuando actúa así, el principio cristiano establecido en tal caso por el apóstol debe tener lugar: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch. 5:29)... Del grado de la obediencia de la esposa saco estas

dos conclusiones: 1. *La esposa debe esforzarse en someter su juicio y su voluntad a los de su esposo.* 2. *Aunque a su juicio no esté de acuerdo con los requisitos de su esposo, debe someterse en la práctica.* En lo primero, afirmo que la esposa no está sencillamente sujeta a inclinar su juicio al de su marido. Él puede estar equivocado en su juicio y ella ver su error; en este caso, a menos que el entendimiento de ella se cegara, no puede concebir que sea verdad aquello que él juzgue como tal... Esta sumisión, hasta de su juicio, no sólo respeta las cosas necesarias, para las que su marido tiene la expresa garantía determinada por las Escrituras, sino también para las cosas dudosas e indiferentes. Y es que esta cláusula de “en todo” abarca incluso esto. La sujeción de la esposa, no sólo respeta su práctica, sino también su juicio y su opinión; si ella es capaz de llevarlos a la legitimidad y a la funcionalidad de lo que su esposo requiere, lo hará con mucha más alegría...

La presunción de las esposas que se creen más sabias y más capaces de juzgar mejor los asuntos que sus esposos es la actitud contraria a lo que se espera de ellas. No niego que una esposa pueda tener más comprensión que su esposo: Algunos hombres son muy ignorantes y sin sentido. Y, por otra parte, algunas mujeres están bien instruidas y, así, han alcanzado gran medida de conocimiento y discreción. Sin embargo, muchas, aunque sus maridos tengan bastante y buen entendimiento —sabios y discretos—, siguen pensando que algo que una vez concibieron como verdad debe serlo necesariamente. Tal es su obstinación que no hay manera de convencerlas de que puedan estar equivocadas. Afirman que nadie, de ningún modo, conseguirá hacerles creer que lo están, aunque todos los esposos del mundo puedan ser de otra opinión... La última conclusión acerca de que la esposa ceda en la práctica a lo que su esposo requiere, aunque en su razonamiento no piense lo mismo acerca de cómo hacerlo, es que ella tiene respeto por las cosas indiferentes, es decir, por aquellas que no están expresamente ordenadas, ni prohibidas por Dios como los asuntos externos al hogar, su ordenación, la disposición de los bienes, recibir invitados, etc.

PREGUNTA: ¿No puede razonar con su esposo sobre las cuestiones que, en opinión de ella, no se han tratado como es debido y esforzarse por convencerlo para que no siga presionando al respecto, intentando hacerle ver que el tema en cuestión sigue sin resolverse (según piensa ella), tal como ella lo ve?

RESPUESTA: Con modestia, humildad y reverencia puede hacerlo y él debería escucharla como hizo el esposo de la sunamita (2 R. 4:23-24). Si a pesar de todo lo que ella pueda decir, él persiste en su decisión y quiere hacerlo a su manera, ella debe ceder... Si su esposo le ordena hacer aquello que Dios ha prohibido de manera expresa, ella no debe-

ría rendirse en modo alguno. Si lo hace, se podría denominar más bien como una conspiración conjunta del marido y su esposa contra la voluntad de Dios —como Pedro le dijo a Safira, la mujer de Ananías: “¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor?” (Hch. 5:9)—, en lugar de la sujeción a la imagen de Dios en su esposo.

En segundo lugar, que ella ceda en las cosas indiferentes atiende mucho a la paz en la familia, así como el que los súbditos se rindan a sus magistrados en estas cosas, hace mucho por la paz de la comunidad. Y es que en las diferencias y en las disensiones, una parte debe ceder o lo más probable es que se produzca un gran daño...

DE LAS RAZONES QUE MUEVEN A LAS ESPOSAS A REALIZAR SU DEBER, de todas, la principal razón que el apóstol da a entender aquí, está tomada del lugar en el que Dios ha colocado al marido y que, por ello, se da a entender primeramente en las palabras “*como al Señor*”. A continuación, se expresa con mayor claridad y de un modo más directo en las siguientes palabras: “*El marido es la cabeza de la esposa*”... Sobre la semejanza entre el marido y Cristo, el apóstol deduce que la esposa debería parecerse a la Iglesia y, por tanto, concluye: “Pero así como la iglesia está sujeta a Cristo, también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo”.

RAZÓN 1: El lugar donde Dios ha establecido al marido, al servir para dirigir a la esposa en su forma de sujetarse, de la que ya he hablado con anterioridad, también sirve para impulsarla a rendirse a dicha sujeción tal como se le exige, lo cual aparecerá en las dos conclusiones que siguen y derivan de ello: 1. *Al sujetarse a su marido, la esposa está sujeta a Cristo.* 2. *Al negarse a sujetarse a su esposo, la mujer se está negando a sujetarse a Cristo.* Que estas dos conclusiones se sacan justamente y con derecho de la razón antes mencionada, es algo que demuestro mediante una inferencia similar a la que hace el Espíritu Santo de la misma manera... Es evidente que Jesucristo, incluso en la condición de hombre y hecho carne, estaba en la habitación y en el lugar de su Padre, tras lo cual le dijo a Felipe, quien deseaba ver al Padre: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn. 14:9). Ahora, observa lo que Cristo sugiere, por una parte: “El que me recibe a mí, recibe al que me envió” (Mt. 10:40) y, por otra: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn. 5:23). Asimismo, es evidente que los ministros del evangelio ocupan el lugar de Cristo porque esto es lo que afirma el apóstol de sí mismo y de otros: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo” (2 Co. 5:20)... Aplicando esta razón, espero que las esposas que viven bajo el Evangelio posean tanta fe y piedad como para reconocer que les conviene estar sujetas al Señor Jesucristo. Aprendan aquí, pues, una parte especial y principal de

la sujeción a Cristo, que es estar sujetas a sus maridos. Así mostrarán que son las esposas de Cristo el Señor, como afirma el apóstol acerca de los siervos obedientes: “[Son] siervos de Dios” (1 P. 2:16).

Una vez más, espero que nadie esté tan vacío de toda fe y piedad como para negarse a someterse a Cristo: Tomemos nota aquí de que, si alguna se niega deliberadamente a sujetarse a su marido, se estará negando a sujetarse a Cristo. Por este motivo, puedo aplicar adecuadamente a las esposas lo que el apóstol dice sobre los súbditos: Cualquiera que se resista al poder y a la autoridad del esposo, se resiste a la ordenanza de Dios y, quien se resista a ella, recibirá sobre sí condenación (Ro. 13:2).

Este primer motivo es fuerte. Si las esposas cristianas lo consideraran como es debido, estarían más dispuestas y se someterían con mucha más alegría que muchas otras; no pensarían tan a la ligera del lugar del esposo, ni hablarían con tanto reproche contra los ministros de Dios que declaran con claridad el deber que ellas tienen para con ellos, como hacen muchas.

RAZÓN 2: La segunda razón es parecida a ésta y está tomada del cargo del marido: él es la cabeza de su esposa (1 Co. 11:3) y, en otros lugares, también se da esta misma razón. Esta metáfora muestra que, para su esposa, él es la cabeza de un cuerpo natural, ocupa un lugar más eminente y también es más excelente en dignidad. En virtud de ambos, es quien dirige y gobierna a su mujer. La naturaleza nos enseña que esto es así en el caso de un cuerpo natural y, al darle el apóstol al marido el derecho de ser cabeza, nos enseña que también es la norma respecto al esposo...

Vayan ustedes, pues, oh esposas, a la escuela de la naturaleza, contemplan las partes y los miembros externos del cuerpo. ¿Acaso desean estar por encima de la cabeza? ¿Son renuentes a someterse a la cabeza? Dejen que su alma aprenda de su cuerpo. ¿No sería monstruoso que el costado estuviera por encima de la cabeza? Si el cuerpo no quisiera estar sujeto a la cabeza, ¿no sobrevendría destrucción sobre ella, sobre el cuerpo y sobre todas sus partes? Igual de monstruoso y, mucho más, es que la esposa esté por encima de su marido, ya que el trastorno y la ruina que caerían sobre la familia serían tan grande o más. Así, el orden que Dios ha establecido en esto se vería derrocado por completo. Y aquellos que lo derriben se mostrarían en oposición a la sabiduría de Dios porque Él ha establecido dicho orden. Como esta razón sacada de la naturaleza tiene fuerza para llevar a las paganas y a las salvajes mismas a sujetarse, ¿cuánto más deberían las esposas cristianas estar sujetas, ya que esto es conforme a la Palabra de Dios y ésta lo ratifica?

RAZÓN 3: La tercera razón, tomada de la semejanza del marido con Cristo en esto, añade aún más a la primera razón: Al ser cabeza, es como

Cristo. Existe una especie de comunión y coparticipación entre Cristo y el marido. Son hermanos de oficio, como dos reyes de varios lugares.

OBJECIÓN: No existe igualdad entre Cristo, el Señor del cielo y un marido terrenal. ¡La disparidad entre ellos es infinita!

RESPUESTA: Aun así, puede haber parecido y comunión... Podría haber un parecido donde no hay paridad y una semejanza donde no hay igualdad. El glorioso y resplandeciente sol en el firmamento y la tenue vela de una casa tienen cierta comunión y el mismo oficio que es dar luz. Sin embargo, no hay igualdad entre ellos. Del mismo modo, el esposo, no sólo se parece a la cabeza de un cuerpo natural, sino también a la gloriosa imagen de Cristo, y es para su esposa lo que Cristo es para su Iglesia...

RAZÓN 4: La cuarta razón, tomada del beneficio que la esposa recibe de su marido, subraya aún más la idea que aquí estamos tratando. Aunque Cristo sea propiamente el Salvador del cuerpo, incluso en esto, tiene el esposo un parecido con Cristo y es, en cierto modo, un salvador. Y es que, en virtud de su lugar y cargo, es por una parte su *protector*, para defenderla del daño y protegerla del peligro y, por otra parte, es el *proveedor* de todas las cosas precisas y necesarias para ella; a este respecto, ella es tomada de sus padres y amigos y se compromete por completo a él... él la recibe a ella misma y todo lo que ella tiene. De nuevo, él le transmite todo lo que tenga para el bien de ella y para su uso. En relación al marido, David compara a la esposa con una viña (Sal. 128:3), dando a entender que ella es elevada por él a esa talla de honor que tiene, como la vid por el árbol o la estructura cerca de la cual está plantada. Por el honor de él, ella es dignificada; por la riqueza de él, ella es enriquecida. Debajo de Dios, él es todo en todo para ella: En la familia es un rey para gobernarla y ayudarla, un sacerdote para orar con ella y por ella, un profeta para enseñarle e instruirle. Así como la cabeza está colocada en el lugar más alto del cuerpo y contiene el entendimiento para gobernar, dirigir, proteger y, por todos los medios, procurar el bien del cuerpo; y así como Cristo está unido a la Iglesia como esposo y es su Cabeza para salvarla, preservarla y proveerle; para este fin se ha situado al marido en su lugar de superioridad. Su autoridad le fue conferida para que fuera el salvador de su esposa... Así como la Iglesia está sabiamente gobernada, protegida y segura sometándose a su Cabeza, Jesucristo; y así como el cuerpo participa de mucho bien y es protegido de mucho mal por estar sujeto a la cabeza, si la esposa está sujeta a su marido, le irá mucho mejor. Todo el provecho y el beneficio de esto serán de ella. Si, por tanto, ella busca su propio bien, ésta es una forma y un medio ordenado por Dios para este fin; que lo busque en esto...

RAZÓN 5: La última razón tomada del ejemplo de la Iglesia, también tiene mucha fuerza para convencer a las esposas respecto a la sumisión.

Los ejemplos prevalecen más en el caso de algunas que el precepto. Si hay un ejemplo que tenga fuerza, éste es el mayor. Y es que no es el ejemplo de una solamente, sino de muchas; y no son personas ignorantes y perversas, sino con entendimiento, sabias, santas y justas, incluso todas las santas que existieron, existen o existirán. Y es que la Iglesia contiene todo lo que está debajo de ella, incluso toda esa sociedad de santos escogidos por Dios, en su eterno consejo, redimidos por Cristo por su preciosa sangre y eficazmente llamados por el Evangelio de salvación, quienes tienen el Espíritu de Dios, el cual trabaja de forma interna y poderosa sobre ellos, sin dejar afuera las almas mismas de los hombres justos y perfectos que ahora triunfan en el cielo... Obsérvese cómo se describe esta Iglesia en los versículos 26 y 27. Que se piense, por tanto, con frecuencia en este ejemplo: Nadie se arrepentirá nunca de seguirlo porque marca el único camino correcto a la gloria eterna, donde, quien lo siga, llegará con toda seguridad.

Sin embargo, para mostrar la fuerza de esta razón con mayor claridad, nótese estas dos conclusiones que se derivan de ella: 1. *La esposa debe estar tan sujeta a su esposo como la Iglesia a Cristo.* De otro modo, ¿por qué debería recalcarse este ejemplo sobre ella? ¿Por qué el marido está en el lugar de Cristo y se asemeja a Él? 2. *La sujeción de la esposa a su marido, que responde a la sujeción de la Iglesia a Cristo, es una prueba de que ella pertenece a la Iglesia y que la guía el mismo Espíritu que guía a la Iglesia.* Y es que es algo que no se puede realizar por el poder de la naturaleza; es una obra sobrenatural y, por tanto, una prueba del Espíritu.

Por tanto, oh esposas cristianas, así como sus maridos se parecen a Cristo por el lugar que ocupan, ustedes también se asemejan a la Iglesia por su práctica. De las dos cosas, ésta es la más elogiada porque la primera es una dignidad, mientras que la segunda es una virtud. La verdadera virtud es mucho más gloriosa que cualquier dignidad.

Estas razones bien equilibradas y la fuerza de todas ellas juntas, no pueden sino funcionar en la persona más obcecada. Por tanto, si esta idea de la sumisión parece una píldora que es demasiado amarga como para digerirla bien, dejen que sea endulzada por el jarabe de estas razones y podrán tragarla mucho mejor y su efecto será más benigno.

Tomado de *Of Domestic Duties* (Sobre los deberes domésticos),
Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

William Gouge (1575-1653): Ministro puritano que sirvió en Blackfriars, Londres; nació en Stratford-Bow, en el condado de Middlesex, Inglaterra



PARA LAS MADRES, EXPERIMENTADAS O PRIMERIZAS

John Angell James (1785-1859)

“Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada”

—Tito 2:3-5.

¡Cuántos recuerdos relacionados de un modo hermoso con esa maravillosa palabra, *madre!* Al oírla, se despiertan las más tiernas emociones del corazón humano, lo mismo entre los salvajes como entre los sabios. La belleza y el poder de ese término son perceptibles para el príncipe y el campesino, el rústico y el filósofo. Es uno de los primeros que aprenden los labios de un bebé y cuyo encanto siente desde el principio. Es la nota de una música y resulta difícil afirmar qué alma vibra con mayor sensibilidad, la de la madre o la del hijo. Aunque la humanidad esté semiembrutecida por la opresión, la ignorancia y hasta el vicio, rara vez ha caído tan bajo como para que la última chispa de amor maternal sea extinguida o para que la última sensibilidad que ésta inspira, quede aplastada. Es necesario hacer buen uso de la fuerza del amor de la mujer hacia su hijo y hacer que se ejercite para los mejores y más útiles propósitos...

En una conferencia pastoral celebrada no hace mucho, en la que se reunieron alrededor de ciento veinte clérigos estadounidenses, unidos por los lazos de una fe común, se invitó a cada uno de ellos a exponer la clase de mediación humana a la que atribuía el cambio de corazón bajo la bendición divina. ¿Cuántos de estos creen ustedes que le atribuyeron el honor a su madre? ¡De los ciento veinte clérigos, más de cien! Estos son, pues, hechos escogidos de entre otros innumerables que demuestran el poder de una madre y, al mismo tiempo, su responsabilidad. Pero, ¿cómo lo explicaremos? ¿Qué le da esta influencia? ¿Cuál es el secreto de su poder? Son varias cosas.

En primer lugar, sin duda, la ordenanza de Dios. Él, quien nos creó, quien formó los lazos de la vida social y proporcionó todas las dulces influencias y las tiernas susceptibilidades de nuestras diversas relaciones, designó que el poder de la madre sobre el alma de su hijo fuera así de poderoso. Es ordenanza de Dios y la mujer que lo olvide o lo descuide

está desobedeciendo una institución divina. Dios ha creado al hijo para que sea peculiarmente susceptible a este poder sobre su naturaleza.

A continuación, está el amor de la madre, más fuerte o, por lo menos, más tierno que el del padre. Hay más instinto, si no razón, en su afecto. Ella tiene más que ver con el ser físico de su criatura, por haberlo llevado en su vientre, haberlo alimentado de su pecho y haberlo vigilado en su cuna. Todo esto genera, de manera natural y necesaria, un sentimiento que ninguna otra cosa puede producir. El amor es el gran poder motivador en la conducta humana. “Con cuerdas humanas los atraje” —dice Dios—, “con cuerdas de amor” (Os. 11:4). Ésta es la verdadera filosofía, tanto de la constitución natural humana como de la fe evangélica. La naturaleza humana está hecha para ser conmovida, gobernada por el amor, no para ser atraída con las cadenas de la severidad. *El corazón de la mujer está hecho de amor* y el amor se ejerce con mayor suavidad, dulzura y restricción sobre su hijo por su parte que por el otro sexo. Esto la hace más paciente, más ingeniosa y, por tanto, más influyente. Sus palabras son más blandas, sus sonrisas más irresistibles y su ceño más imponente, porque es menos aterrador y repulsivo. La florecilla que ella tiene que criar abre sus pétalos con mayor facilidad a la dulce luz de su rostro...

La madre tiene más que ver con el carácter del hijo cuando todavía está en el estado flexible en el que es moldeable. Los ejercicios más tempranos de pensamiento, emoción, voluntad y conciencia se llevan a cabo bajo su vigilancia. *Ella, no sólo tiene que ver con el cuerpo en sus primeros años, sino con el alma en su infancia.* Tanto la mente como el corazón del hijo están en sus manos en ese período, cuando inicia su andadura para bien o para mal. Los niños aprenden a balbucear sus primeras palabras y a formar sus primeras ideas bajo la enseñanza de ella. Casi siempre están en su compañía y sin que ellos se den cuenta, y de forma imperceptible para ella, reciben de ella su predisposición correcta o incorrecta. Ella es el primer modelo de carácter que ellos ven; las primeras exhibiciones del bien y del mal en la práctica son las que ellos ven en ella. Ellos son los constantes observadores de las pasiones, las gracias, las virtudes y los defectos que se manifiestan en las palabras de su madre, en su humor y en sus actos. Por consiguiente, sin darse cuenta, ella, no sólo los está educando mediante la enseñanza definida, sino con todo lo que hace o dice en presencia de ellos... Por tanto, es inmensamente importante que cualquiera que mantenga esta relación, tenga un alto concepto de su propio poder. La madre debería estar profunda y debidamente impresionada por el gran potencial de su influencia...

Las madres deberían estar pues, familiarizadas a fondo con la obra que se les ha asignado. No me estoy refiriendo al entrenamiento físico de los niños ni, principalmente, a su cultura intelectual, sino a la edu-

cación social, moral y en la fe cristiana. *El objetivo de la madre y su deber es la formación del carácter.* No debe limitarse a comunicar mero conocimiento, sino hábitos. Su ministerio especial consiste en cultivar el corazón y regular la vida. Su meta, no sólo debe ser lo que sus hijos tienen que saber, sino lo que van a ser y a hacer. Debe considerarlos como miembros futuros de la sociedad y cabezas de sus propias familias, pero sobre todo como candidatos para la eternidad. Esto debe adoptarse, repito, como la idea principal, la formación del carácter para *ambos mundos*... La madre debería mirar a su descendencia con esta idea: “Ese niño tiene que vivir en dos mundos y actuar como parte de ambos. Es mi deber iniciar su educación para ambos y establecer en sus primeros años el fundamento de su carácter y su felicidad para ahora y para la eternidad también. ¿Cuáles deberían ser mis cualificaciones y mis objetivos para semejante tarea?”... ¿Cuáles?

Una profunda reflexión, ciertamente, en la naturaleza transcendental de tu cargo. Ser padre es algo tremendo y, más aún, ser madre y ser responsable de la formación de hombres y mujeres, tanto para ahora como para la eternidad... ¡Mujer! El bienestar de tu hijo, en todo tiempo y en toda la eternidad, también depende mucho de tu conducta hacia él durante el periodo en que está bajo tu influencia, en los primeros años de su ser. A ti se te encomienda el cuidado del cuerpo del niño; su salud, energía y bienestar dependen mucho de ti para toda su existencia futura en la tierra. ¿Cuáles serían tus sentimientos de emotivo remordimiento si, por cualquier descuido tuyo, ya sea un fallo o un accidente, resultado de tu falta de atención, el pobre bebé se hiciera daño en la columna o sus miembros quedaran deformados? Pero, ¡qué es esto en comparación con el espectáculo más triste aún de un alma deformada y paralizada, un carácter distorsionado en formas deshonestas y espantosas, y llegar a la atormentada reflexión de que esto ha sido el resultado de tu descuido...!

Cualifícate para los deberes maternales por encima de todas las cosas, mediante una piedad sincera y eminente. Una madre no debería olvidar jamás que esas pequeñas criaturas encantadoras, que juegan tan contentas e inocentes por la habitación, con toda la inconsciencia de la infancia, son jóvenes inmortales... Uno casi debería pensar que la diligencia en este asunto sería tan abrumadora como para acabar con el deleite de los padres, pero una madre no puede contemplar al bebé al que está amantando, que le sonrío dulcemente como si quisiera darle las gracias que aún no ha aprendido a expresar con palabras —o velar su sueño en su cuna, respirando tan suavemente como si viviera sin respirar— y, al mismo tiempo, sentir que su alma se estremece y se encoge en la sombra oscura que cubre su espíritu al pensar: “¡Oh, espero que no acabes siendo un libertino en este mundo y un condenado en el siguiente!”.

En lugar de una reflexión tan angustiada para todo sentimiento maternal, ella tiene la gozosa esperanza de que el amado bebé será un cristiano santo, útil y feliz en la tierra y, después, un inmortal glorificado en el cielo. Tales pensamientos deberían cruzarse, en ocasiones, por la mente de todo padre y toda madre. Todos deberían darse cuenta de la sublime idea de que sus casas son los seminarios para la eternidad y sus hijos los estudiantes, ellos mismos maestros y la fe cristiana la lección. Sí, con cada bebé que nace en la familia llega el requerimiento de Dios: “Toma este niño y créalo para mí”. Es uno de los propios hijos de Dios por creación, enviado para ser formado en el camino por el que debería andar, es decir, en la crianza y el consejo del Señor... Nos estremecemos ante las crueldades de quienes sacrificaron a sus bebés a Moloc; pero qué inmolación más temible practican aquellos que ofrecen a sus hijos e hijas a Satanás, al descuidar su educación en la fe y dejarlos crecer en la ignorancia de Dios y de su destino eterno.

Pero, ¿puede alguna madre enseñar o enseñará con eficacia esa piedad que no siente y practica ella misma? Por tanto, yo digo que el corazón de una madre debe estar profundamente lleno de piedad si quiere enseñársela a sus hijos. Sin esto, ¿podrá tener la voluntad de enseñar, el corazón para orar o el derecho a esperar? Madre, ¿puedes concebir una elevación más alta y noble que alcanzar en tu relación maternal que la de *darle la primera idea de Dios* a la mente abierta de tu hijo que se hace mil preguntas? ¿O la de dirigirle a ese bebé divino que nació en Belén; que estuvo sujeto a sus padres; que creció para ser el Salvador; que afirmó: “Dejad a los niños venir a mí” (Mr. 10:14), que los tomaba en sus brazos y los bendecía, y después murió en la cruz para salvarlos? ¿O la de hablarle del cielo, la morada de Dios y de sus ángeles? ¡Ver brillar la primera mirada de santa curiosidad y la primera lágrima de piedad infantil; escuchar la primera pregunta de preocupación o el primer aliento de oración de los labios infantiles! ¡Cómo se ha henchido de deleite el pecho de muchas mujeres en medio de semejantes escenas, en un éxtasis de sentimientos, y han caído de rodillas musitando una oración maternal sobre el hijo de su corazón, mientras este alzaba sus ojos, perplejo, sintiendo un misterioso poder descender sobre él que nunca podría expresar ni entender por completo!

Si tu fe es genuina, te enseñará de una vez la grandeza de la obra y *tu propia insuficiencia para realizarla correctamente con tus propias fuerzas*. Tu cometido es entrenar a mortales para la tierra y a seres inmortales para Dios, el cielo y la eternidad... Cultiva, pues, una consciencia temblorosa de tu propia insuficiencia y apóyate en Dios mediante la oración de fe, constante y ferviente. En un sentido excepcional, sé una madre de

oración. No confíes en ti misma y, mediante la oración de fe, consigue la ayuda del Omnipotente.

No olvides lo que ya he dicho: El afecto es la llave de oro habilitada por Dios para abrir los cerrojos de cada corazón humano; al aplicarlo, los pestillos que ninguna otra cosa podían mover se desplazarán a toda prisa y se abrirán con facilidad. La severidad está fuera de lugar en cualquiera, pero sobre todo en las mujeres. Sin embargo, ten cuidado y no permitas que el afecto degenera en una permisividad ingenua y necia... Aunque se exige afecto, no se debe permitir que la *autoridad* se vea perjudicada. Los padres no deben ser unos tiranos, pero tampoco deben ser esclavos de sus hijos. Para los padres, es un espectáculo doloroso y desdichado ver a su familia como un estado donde la rebelión reina flagrante, el padre ha sido depuesto, el cetro quebrado y los hijos insurgentes ostentan el reinado soberano. A la madre, como al padre, se le debe obedecer y cuando ella no lo consigue es culpa suya. Un sistema de gobierno perseverante, donde la mano de amor sujeta con firmeza las riendas, acabará produciendo la sumisión sin lugar a duda. Sin embargo, debe ser una mezcla de bondad, sabiduría y autoridad. El niño debe sentir la sumisión como un deber que se rinde a la autoridad y no una mera conformidad ganada por el afecto. La autoridad no debe ser rígida y convertirse en severidad ni el amor puede degenerar en coacción. Las órdenes, no sólo deberían ser obedecidas porque es agradable hacerlo, *sino porque es lo correcto*.

Una madre sensata ejercerá un trato diferenciado y lo adaptará al carácter de sus hijos. Existen tantas variedades de temperamento en algunas familias como hijos... Uno es atrevido y arrogante, y debería ser controlado y reprendido; otro es tímido y reservado, y necesita ser alentado e incentivado. Uno se puede motivar con mayor facilidad apelando a su esperanza, otros por medio de razonamientos dirigidos a su temor. Uno es demasiado callado y reservado, y necesita que se aliente su franqueza y su comunicación; otro es demasiado abierto e ingenuo, y se le debería enseñar la precaución y el dominio propio. Cada niño debería ser estudiado aparte. La charlatanería debería prohibirse de la educación, así como de la medicina. El mismo tratamiento no convendrá a todas las mentes, de la misma manera que un único medicamento o tipo de alimento tampoco es adecuado para todos los cuerpos...

La mujer que desea cumplir con los deberes de su relación debe rendirse a su misión y conformarse con hacer algunos sacrificios y soportar algunas privaciones. ¿Quién puede dar testimonio de la paciente sumisión de la madre pájaro a su soledad y su abnegación durante el período de incubación, sin admirar la tranquila y voluntaria rendición de su libertad habitual y sus disfrutes, que el instinto le enseña a efectuar? Por amor a sus hijos, la mujer debería estar dispuesta a hacer, bajo la in-

fluencia de la razón y la fe cristiana, lo que el pájaro hace guiado por los impulsos poco inteligentes de la naturaleza. Sus hijos son una responsabilidad por la que ella debe renunciar a algunos de los disfrutes de la vida social y hasta a algunos de los placeres sociales de su fe cristiana.

La que quiera tener poder maternal sobre sus hijos debe darles su compañía... No digo que una madre debe estar encarcelada en su propia casa, que nunca salga ni tenga compañía. La que está dedicada a las necesidades de su familia necesita una relajación ocasional en medio de los placeres de la sociedad y, en especial, los compromisos estimulantes de la adoración pública. Algunas madres son absolutas esclavas de sus hijos, hasta el punto que rara vez salen de su hogar y hasta dejan de ir a la casa de Dios. Esto es un error extremo que se podría evitar... también están las que se van al extremo opuesto y que no renuncian a una fiesta social o a una reunión pública ni por el bien de sus hijos. La mujer que no está preparada para hacer muchos sacrificios de este tipo, por amor a sus hijos, su hogar y su esposo, no debería pensar nunca en entrar en la vida matrimonial.

Sé ingeniosa, estudiosa y ten inventiva para encontrar el mejor método de ganar la atención y formar la mente de tus hijos mientras son pequeños. Son demasiadas las que imaginan que la educación y, en especial la educación en la fe, consiste en limitarse a escuchar un capítulo leído, un catecismo enseñado o un himno repetido y que cuando estos se terminan, todo se acabó. La memoria es la única facultad que cultivan; el intelecto, los afectos y la conciencia se descuidan por completo. Una madre cristiana debería ponerse a inventar el mejor modo de ganar la atención y conservarla; no debería agotarla ni mantenerla tanto tiempo que pierda su efecto.

Sé natural en tu instrucción en la fe. La libertad de la conversación incidental, en lugar de la formalidad de las lecciones fijadas y establecidas; la introducción de los temas de la fe cristiana en la vida diaria, en lugar del anuncio serio e intimidante del cambio de los asuntos seculares a los sagrados, y la costumbre de referirle todas las cosas a Dios y comparar las verdades y las máximas de la Biblia con los acontecimientos de cada hora, en lugar de limitarse a encender una lámpara de Sabbat y forzar todas las cosas fuera de su canal cuando vuelve el tiempo de la devoción, son los medios para abrir las vías que llevan al corazón joven y que convierten la fe cristiana, junto con su gran autor, en el objeto de reverencia mezclada con amor, en vez de aversión o terror o, tan solo un homenaje frío y distante. “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Dt. 6:6-7).

Madre, investida como estás de tal influencia, reflexiona a menudo en tu responsabilidad. Con tanto poder que Dios te ha conferido, eres responsable ante tus propios hijos... Eres responsable ante tu marido. Él te confía la educación de sus hijos... Eres responsable ante la Iglesia de Dios porque la educación familiar es —o debería ser—, en las familias de los piadosos, el medio principal de conversión. Para los padres cristianos es un error fatal recurrir a los ministros de la fe para la conversión de sus hijos. Desafortunadamente, es el error del día. Se mira al púlpito para estos beneficios, que deberían fluir de la cátedra de los padres...

En todas las cosas, es importante empezar bien. El comienzo suele determinar el progreso y el final. Los errores, tanto en la teoría como en la práctica, por mucho que se persista en ellos durante tiempo y de forma obstinada, pueden corregirse con inteligencia, determinación y la bendición de Dios. De otro modo, la reforma sería imposible. Sin embargo, ¡cuánto mejor y más fácil es evitar las faltas que tener que enmendarlas! Muchas madres han visto sus equivocaciones cuando era demasiado tarde para corregirlas. Sus hijos han crecido bajo la influencia de un sistema erróneo de gobierno familiar y de dirección maternal, y han adquirido la fijación del mal hábito que ni la sabiduría, ni la firmeza, ni la severidad, ni el afecto, posteriores pudieron subsanar. Y los padres han tenido que derramar sus amargos pesares por no haber iniciado la vida con estos criterios sobre sus deberes con los que la acaban.

Si una madre empieza bien, lo más probable es que siga bien, y esto es también así cuando comienza mal. Su conducta hacia *su primer hijo* terminará, probablemente, su conducta respecto a todos los siguientes. ¡Qué trascendental es, pues, en esta etapa de su historia familiar, sopesar bien, con solemnidad y mucha oración, su situación de responsabilidad! De hecho, queda bastante claro que ninguna esposa debería excluir este tema hasta convertirse en madre. La posibilidad misma debería conducir a la debida preparación para los nuevos deberes que se esperan... Nos corresponde a nosotros prepararnos para cualquier situación en la que tengamos la expectativa confiada de entrar en breve. Al hombre se le proporciona la previsión con el propósito de cumplir con propiedad la situación y los deberes que esperamos. No es muy probable que la mujer que nunca *estudia* las responsabilidades y los deberes maternos, hasta que llega el momento de llevarlos a cabo, se acredite como es debido para esa relación tan importante... Tristemente, la joven esposa que tiene en perspectiva dar a luz un hijo, se encuentra en algunos casos tan agobiada por la atención innecesaria hacia su propia seguridad y, en otras, tan absorbida por los preparativos que han de hacerse para el bienestar físico y la ropa elegante de su deseado bebé, que olvida prepararse para los debe-

res más importantes que recaen sobre ella en relación con la mente, el corazón y la conciencia del niño.

La madre que desea cumplir sus deberes para con sus hijos debería esforzarse de manera especial y educarse para esas funciones tan trascendentales. Debería leer y acumular conocimiento en su mente. Debería reflexionar, observar y obtener información útil de todas partes. Debería asegurar sus principios, establecer sus planes y formar sus propósitos. Debe cultivar todos los hábitos y cualidades que la prepararán para enseñar y gobernar. Debe procurar adquirir seriedad, una vigilancia cuidadosa, una observación rápida y discreción en diversas formas. Los hábitos de la actividad, la resolución, el orden y la regularidad son indispensables para ella; así es el ejercicio de todos los sentimientos buenos y benevolentes. Ella debe unir la amabilidad con la firmeza y alcanzar la paciencia y el dominio completo de su carácter. *Es de suma importancia también que tenga un conocimiento correcto de la naturaleza humana y de la forma de tratar con el corazón humano.* Y, por encima de todo, que recuerde que la piedad es el espíritu vivificador de toda excelencia y que el ejemplo es el medio más poderoso para imponerla. No debería permitirse olvidar jamás que los niños tienen ojos y oídos para prestar atención a la conducta de su madre. No satisfecha con prepararse de antemano para sus funciones importantes, debería seguir adelante con su educación y la de sus hijos de manera simultánea. Existen pocas situaciones que requieran una preparación más imperativa, y muy pocas a las que se dedique menos.

¡Una vez más, vemos con frecuencia tanta solicitud en la madre respecto a la salud y la comodidad de su bebé! También se percibe una atención tan absorbente a todos los asuntos, en lo tocante a su bienestar físico, junto con un deleite tan exuberante en el hijo como tal; un orgullo de madre tal y una alegría en su niño, que su mente se distrae con esas circunstancias de todos los pensamientos serios y las reflexiones solemnes que debería despertar con la consideración de que una criatura racional, inmortal y caída está encomendada a su cargo para que la forme para ambos mundos. Así, su atención está absorbida mes tras mes, mientras que todas las facultades de su bebé se están desarrollando. Su juicio, su voluntad, su afecto y su conciencia, se están abriendo, al menos en sus capacidades, pero son descuidados, y su tendencia natural hacia el mal crece inadvertida y descontrolada. El momento mismo en que se podría ejercer con mayor ventaja un cuidado juicioso sobre la formación del carácter, se deja pasar sin mejoras; se permite que la pasión aumente de modo desenfrenado y que la voluntad propia alcance un grado de determinación que se endurece hasta convertirse en obstinación. Y la madre descuidada que, alguna vez pretendió iniciar

un sistema de formación moral (diciéndose siempre a sí misma que todavía había bastante tiempo para ello), cuando comienza de verdad se asombra al ver que el sujeto de su disciplina es demasiado difícil de manejar. Entonces descubre que ha descuidado tanto su propia preparación para acometer sus deberes que no sabe cómo empezar ni lo que tiene que hacer en realidad. El niño mal educado sigue creciendo, no sólo en estatura y fuerza, sino en su caprichoso carácter y su obstinada voluntad propia; la pobre madre no tiene control. En cuanto al padre, está demasiado ocupado con las preocupaciones del trabajo como para ayudar a su compañera imperfecta; así se manifiesta la escena descrita por Salomón, del muchacho consentido (Pr. 29:15)...

Madre joven, empieza bien. Dirige a ese primer hijo con juicio; echa mano de toda tu destreza, de todo tu afecto, de toda tu diligencia y tu dedicación a la hora de formarlo; una vez adquirida la costumbre, todo será comparativamente más fácil con los que vengan después. Es probable que la novedad de ese primer hijo, los nuevos afectos que provoca y el nuevo interés que crea (si no tienes cuidado) te sorprendan con la guardia baja y distraigan tu atención de la gran obra de formación moral. El primer hijo es el que hace que una mujer sea una buena madre o una imprudente.

Y así como es de gran importancia que inicies tu excelencia maternal con el primer hijo, también es de igual importancia, como he dicho anteriormente, para él y para todo aquel que se vaya añadiendo, que empieces *pronto*. Como hemos observado, la educación no comienza con el abecedario, sino con la mirada de la madre; con el gesto de aprobación del padre o con una señal de reprobación; con la suave presión de una hermana sobre la mano o con el noble acto de paciencia de un hermano; con un puñado de flores en un verde valle, en las colinas o en un prado de margaritas; con hormigas que se arrastran, casi imperceptibles; con abejas que zumban y colmenas de cristal; con agradables paseos por caminos sombreados y con pensamientos dirigidos con afecto, tonos y palabras cariñosas a la naturaleza, a la belleza, a la práctica de la benevolencia y al recuerdo de Aquel que es la fuente de todo lo bueno. Sí y, antes de que se pueda hacer todo esto, antes de que se puedan enseñar lecciones de instrucción al niño a partir de las flores, los insectos y los pájaros, la formación moral puede empezar: La mirada de su madre, su gesto de aprobación o su señal de reprobación.

Una de las mayores equivocaciones en la que caen las madres es la de suponer que los dos o tres primeros años de la vida del niño no tienen importancia en lo que respecta a su educación. La verdad es que la formación del carácter es lo más importante de todo. Se ha dicho y, con razón, que el carácter del niño puede cobrar forma, para ahora y para la eternidad, a partir de las impresiones, de los principios implantados y de

los hábitos formados durante esos años. Es perfectamente evidente que, antes de poder hablar, el niño es capaz de recibir una formación moral. Una mujer sabia puede desarrollar pronto la conciencia o el sentido moral, después de que el niño haya pasado su primer cumpleaños o antes. De modo que él puede aprender a distinguir desde muy temprana edad entre lo que su madre considera bueno o malo, entre lo que le agradará o le desagradará. ¡Vamos, las criaturas animales lo hacen! Y si a ellos se les puede enseñar esto, ¿no lo aprenderán los niños pequeños? Se admite que hay más razón en muchos animales que en los niños muy pequeños. Los animales pueden ser enseñados para saber lo que pueden y lo que no pueden hacer aun siendo muy pequeños, y los niños también. A menudo, escucho decir a algunas madres que sus hijos son demasiado pequeños como para enseñarles a obedecer. La madre que actúa sobre la máxima de que los niños pueden tener su propia forma de ser durante un cierto número de años o, incluso meses, descubrirá a sus expensas que no olvidarán esa lección rápidamente. La formación moral puede y debe preceder a la formación intelectual. Cultivar los afectos y la conciencia debería ser el principio y el fundamento de la educación, y facilitará cualquier esfuerzo sucesivo ya sea del niño o de aquellos que lo entrenan o lo enseñan... ¡Madre temerosa, tímida y angustiada, no te asustes! La oración traerá la ayuda de Dios y su bendición.

La permisividad imprudente es la más común, como también es el peligro más perjudicial en el que una madre joven puede caer. Sé amable; deberías serlo. Una madre que no sea amorosa, que tenga el corazón duro, impone un doble desprestigio sobre su feminidad y sus relaciones. El amor es su poder, su instrumento... No puede hacer nada, y menos que nada, sin él. En ese caso, su amor debe ser como el del Padre divino que dijo: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Ap. 3:19). ¿Puedes decirle que no a un niño cuando, con encantadoras sonrisas, voz suplicante u ojos llorosos, te pide aquello que no le conviene recibir? ¿Puedes quitarle algo que, probablemente, sea perjudicial para él, pero a lo que le causará dolor renunciar? ¿Puedes corregirle por sus defectos cuando tu corazón se levanta en oposición a tu juicio? ¿Puedes soltarlo de entre tus brazos, en el momento adecuado para hacerlo, cuando él sigue aferrándose a tu cuello y llora por seguir allí? ¿Puedes exigir obediencia en lo que a él le resulta difícil, pero para ti es una orden necesaria? ¿Puedes oponerte a sus lágrimas, ser firme en tu propósito, inflexible en tu exigencia y vencer primero a tu propio corazón resistiéndote rotundamente, para poder conquistar el suyo? ¿O te permites ser subyugada para poner fin a la disputa y, suavizando sus sufrimientos, fomentar el mal genio que debería ser erradicado cueste lo que cueste? Quien no pueda responder a todas estas preguntas de manera afirmativa no está preparada para ser madre. En una familia debe haber

disciplina. Hay que obedecer a los padres. *Date por vencida en esto y estarás educando a tus hijos para el mal y no para el bien.* Aquí advierto de nuevo: Empieza pronto. Coloca rápido el yugo suave y fácil. El caballo se entrena cuando es un potrillo. Las bestias salvajes se doman mientras todavía son jóvenes. Tanto los humanos como los animales crecen pronto y superan el poder de la disciplina... Si consideras a tus hijos como seres inmortales destinados a la eternidad y competentes para los disfrutes del cielo, te esforzarás desde su más tierna infancia para impregnar su mente de ideas piadosas. Es la inmortalidad que rescata de la pequeñez y la insignificancia todo lo que está relacionado con ella y, por tanto, levanta en un grado considerable la exaltada honra de la madre.

Ella ha dado a luz, por la ordenación soberana del Todopoderoso, a un ser que no tiene una existencia meramente pasajera, ni cuya vida perecerá como la de la bestia del campo, sino a uno que es inmortal. El bebé que amamanta, por débil e indefenso que pueda parecer, posee en su interior un alma racional, un poder intelectual, un espíritu que el tiempo que todo lo devora no puede destruir y que nunca morirá, sino que sobrevivirá a los esplendores del glorioso sol y al ardiente resplandor de toda la parte material del cielo. A lo largo de los siglos infinitos de la eternidad, cuando todos estos hayan servido su propósito y respondido al fin benéfico de su creación y hayan sido borrados de su posición en las inmensas regiones del espacio, el alma del niño más humilde brillará y mejorará ante el trono eterno, llena de santo deleite y amor divino, y siempre activa en las alabanzas de su bendito Creador. Madre, tal es tu dignidad, tu exaltado honor. Siente y valora tu rica distinción al haber sido llamada a educar a los hijos e hijas del Señor Dios Todopoderoso, y a preparar a la santa familia que morará en aquellas muchas mansiones de la casa de su Padre, que el Señor Jesús ha ido a preparar. Entrégate a ese glorioso trabajo. Pero sé juiciosa en todo lo que haces, no sea que produzcas prejuicio contra la fe verdadera, en lugar de influir en la mente en su favor. Usa tu más cálido afecto, tu mayor alegría, tus sonrisas más encantadoras cuando enseñes la fe a tus hijos. Acércate tanto como te sea posible a una forma angelical. Representa la fe cristiana en toda su belleza, hermosura, santidad e inefable dulzura. Que lo vean en tu carácter, a la vez que lo oigan de tus labios.

Tomado de "To Young Mothers" (Para la joven madre) en
Female Piety (La piedad femenina), reeditado por Soli Deo Gloria.

John Angell James (1785-1859): Predicador y autor congregacionalista inglés; nació en Blandford Forum, Dorset, Inglaterra.



LA OBRA DE CRISTO Y LA MUJER SOLTERA

W. K. Tweedie (1803-1863)

Uno de los capítulos más peculiares de la Biblia es el último de la carta a los romanos. El profundo entendimiento que proporciona de la vida cristiana primitiva —la luz que arroja, al menos respecto a las esperanzas, sobre las escenas familiares de los primeros cristianos; la profundidad de afecto que demuestra; la unidad de objetivo, de acción y de espíritu que manifiesta, así como la prominencia que le atribuye a la actividad de la mujer y a su celo—, todo esto se combina para hacer de esta porción de las Escrituras una de las escenas más hermosas, donde todo es inocente y agradable. Quien quiera entender el espíritu de la vida apostólica debería estudiarlo con frecuencia y con cuidado. Como digo, destaca el esfuerzo de las mujeres por Cristo y como hay muchas casas en las que viven mujeres solteras que se dedican a su causa, sería bueno dedicar un momento a echar una mirada a esas moradas.

Podrían ser centros de influencia positiva como sólo puede producir la fe en Jesús. Y no exageramos si decimos que, de esos hogares, donde habita el Espíritu de sabiduría, emana gran parte de aquello que puede calmar las aflicciones del hombre, restaurar la felicidad a los desdichados y fomentar la gloria de Cristo sobre la tierra. Las mujeres solteras suelen tener una misión de misericordia que no se les encomienda a las que tienen que sobrellevar las preocupaciones de un hogar del que ocuparse o deberes domésticos que desempeñar. Puede ser [en su propia casa] o entre los parientes —en los hogares de los pobres o enfermos— [o ayudando a madres en sus quehaceres], quizás proporcionado ropa para la prisión [...] y orar por ellos; [...] o junto al lecho de un moribundo para señalarle la vida eterna. Dondequiera que sea, en todas las diversas escenas de aflicción o duro esfuerzo, si el Espíritu de Dios es el maestro de la mujer no casada, ella tiene a su disposición unos medios y un poder de hacer el bien como Dios no le ha confiado a ninguna otra clase de persona.

Esto tampoco es de sorprender. Cuando son enseñadas por el Espíritu, las solteras pueden cultivar sin prisas las gracias de la vida divina, pueden entregarse con calma y sin ser distraídas por preocupaciones, a realizar la obra de Dios. De ahí que, probablemente, no haya ministro alguno que sea celoso en su vigilancia de las almas, que no confiese la gran deuda que tiene por esta clase de ayuda. Ellas se alzan por gracia

por encima de todo lo que se estima tedioso o aislante en su posición solitaria y, con frecuencia, aprenden a gastar y gastarse en la obra de hacer el bien. Febe, sierva de la Iglesia (Ro. 16:1) que había ayudado a la Iglesia y a Pablo (Ro. 16:2); María, la cual había trabajado mucho con los Apóstoles (Ro. 16:6); Trifena y Trifosa, con otras que quedarán en la memoria eterna, tienen todavía a sus hermanas y sucesoras en las iglesias (Ro. 16:12). Si alguna vez las ha invadido un sentimiento de soledad o aislamiento, creemos que lo disipan o, tal vez incluso, lo convierten en alegría con una dedicación más intensa al servicio y a la gloria de nuestro Señor. Él está con nosotros siempre. Por tanto, no tiene por qué haber soledad, al menos, los solitarios están protegidos y vigilados como lo estaba el profeta, con sus carros y sus jinetes de fuego (2 R. 6:17). Así, estando a salvo, la comunión con Dios se convierte en el secreto de su felicidad y de sus esfuerzos, a la vez.

No hay necesidad, pues, de que unas almas tan devotas huyan a los conventos en busca de paz: La hallan por completo en el libre servicio a su Dios. Alimentando a los hambrientos, vistiendo a los que están desnudos, entregándose a los pobres, tienen lo suficiente para que el corazón y el hogar estén constantemente felices. Secar la lágrima de la tristeza, recoger al vagabundo, levantar al caído debe, sin duda, impartir un gozo en el que el mundo no puede interferir. Y mientras los frívolos revolotean en la vida persiguiendo sombras, engaños, locuras, pecados, aquellas, a las que ahora estamos describiendo, caminan en las pisadas de Aquel que “anduvo haciendo bienes” (Hch. 10:38). Con Dorcas, hacen ropa para los pobres (Hch. 9:36, 39); con Priscila, ayudan a avanzar la causa de la verdad en su lucha a muerte con todo lo que es falso (Hch. 18:2, 18, 26) y, cuando Dios da los medios, están tan dispuestas a distribuir como a compadecerse. Algunas de ellas saben, al menos, que un día ocioso es peor que uno perdido; nos lo volveremos a encontrar en el Juicio, donde se nos preguntará por qué lo perdimos. Y, bajo esa convicción, hacen el bien; quizás lo hagan con sigilo, pero lo llevan a cabo con resolución. Temerosas de la fama, poco dispuestas a que se las reconozca, se encojen ante la atención pública, aunque son incansables en su obra de fe. Algunas son incluso abnegadas en esa causa y, elevándose por encima del “yo, esa esfera estrecha y miserable”, acogiendo de buen grado la obra que su Señor les ha asignado en su santa Providencia, intentan engañar al dolor de sus gemidos y el sufrimiento de sus lágrimas y, con una bendición de lo alto, suelen conseguirlo. En una palabra, buscamos en vano siervas que sean más devotas de Cristo que, con frecuencia, las que podemos encontrar en los hogares de las mujeres que no se han casado.

En la mayoría de los casos, la prudencia de tales obreras no es menos extraordinaria que su celo. Sin lugar a dudas existen mujeres necias

que se entregan a la mera emoción y la consideran como un principio; que tienen tan poca sabiduría a la hora de compartir con los demás que sus dones se convierten en recompensas por el engaño, la ociosidad o el vicio. También hay algunas cuya caridad sabe a insulto, o cuya compasión es como el humo en los ojos o la sal en una herida; las hay tan generosas, pero tan poco sabias como para fomentar los males mismos que intentan curar. Sin embargo, en otros casos, la destreza en detectar la farsa, la firmeza en resistirse a ella, junto con la ternura a la hora de ayudar, son cosas que se adquieren con la experiencia y les prestan un peso moral a todas las demás acciones. A la familia que se hunde silenciosamente en la necesidad, la ayuda con una delicadeza que protege cualquier sentimiento. A la dama en decadencia, la trata como a una compañera y amiga cuando procura aliviarla. A la pálida madre moribunda, la ayuda de un modo tan femenino y amable que no añade patetismo al inminente dolor de la separación. Y estas son visiones verdaderamente cristianas: Nos ayudan a reconciliarnos, en cierto grado, con la tristeza o, si seguimos llorando, las lágrimas de la gratitud se mezclan con las del sufrimiento.

Ahora bien, en todo esto sólo estamos afirmando lo felices que son los corazones y los hogares de esas mujeres solteras que se emplean de esta forma. La posición que ocupan y el trabajo que hacen se aproximan estrechamente al carácter de los redimidos o al que es “celoso de buenas obras” (Tit. 2:14), mientras que por la gracia de Dios son incorporadas en el ámbito de la bienaventuranza. “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt. 5:7). Corresponden al nivel del Rey y Juez, Quien declara: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí” (Mt. 25:35-36).

Tomado de “Home of the Single” (El hogar de los solteros), en *Home: A Religious Book for the Family* (El hogar: Un libro religioso para la familia).

W. K. Tweedie (1803-1863): Ministro de la Iglesia Libre y escritor; ministro de la Tolbooth Kirk de Edimburgo, líder de la división de 1843, cuando la Iglesia Libre se separó de la Iglesia Oficial de Escocia; nació en Ayr, Escocia.



La mujer virtuosa es corona de su marido; mas la mala, como carcoma en sus huesos. — *Proverbios 12:4*

PARA UNA RECIÉN CONVERTIDA

Jonathan Edwards (1703-1758)

Alrededor de 1741, una mujer joven recientemente convertida le pidió al Sr. Edwards que le proporcionara algún consejo respecto como mantener una vida religiosa. En respuesta, él le dirigió esta carta...

No abandones la búsqueda, el esfuerzo y la oración por las mismas cosas por las que exhortamos a las personas inconversas a que se esfuercen, algo de lo que ya has recibido en cierta medida en la conversión. Ora para que tus ojos puedan ser abiertos, para recibir visión, para que puedas conocerte a ti misma y presentarte ante el estrado de Dios, para que puedas ver la gloria de Dios y de Cristo, ser resucitada de los muertos y que el amor de Cristo se derrame en tu corazón. Quienes poseen un mayor grado de estas cosas tienen necesidad de seguir orando por ellas; y es que permanece tanta ceguera y dureza, orgullo y muerte, que sigue siendo necesario que esa obra de Dios se efectúe sobre ellos, para iluminarlos y avivarlos más...

Cuando escuches un sermón, aplícatelo a ti misma... que la principal intención de tu mente sea considerar: “¿En qué sentido se aplica esto a mí? ¿Y qué aplicación debería yo hacer de esto para el beneficio de mi propia alma?”.

Cuando abordes el deber de la oración, te acerques a la Santa Cena o asistas a cualquier otro deber de adoración divina, ve a Cristo, como lo hizo María Magdalena (Lc. 7:37-38). Ve y échate a sus pies y bésalos, y derrama sobre Él el dulce y perfumado unguento de amor divino que emana de un corazón puro y quebrantado, como ella vertió aquel precioso perfume de su caja pura y rota de alabastro.

Cuando el ejercicio de la gracia es bajo y prevalece la corrupción, de modo que el temor predomina, no desees que éste sea echado fuera por ningún otro medio que no sea el del amor vivificador y prevalente en el corazón. De este modo, el temor será eficazmente obligado a desaparecer como la oscuridad de una habitación se disipa cuando se deja entrar en ella los agradables rayos del sol.

En tu camino, anda con Dios y sigue a Cristo como un niño pequeño, pobre y desvalido. Toma la mano de Cristo y mantén tus ojos en las marcas de las heridas de sus manos y su costado, de donde salió la sangre que te limpia del pecado; escondiendo tu desnudez bajo el vuelo de la túnica blanca y resplandeciente de su justicia.

De *God's Call to Young People* (El llamado de Dios para los jóvenes), Soli Deo Gloria.

Jonathan Edwards (1703-1758): Congregacionista norteamericano. Considerado el teólogo más importante y reconocido por su predicación durante el Gran Despertar.



UNA ABUELA EN LA GLORIA

Jabez Burns (1805-1876)

Estando yo sentado a la puerta —dice un escritor estadounidense—, una de esas tardes inusualmente bellas con las que nos ha favorecido esta primavera, observando los juegos de mis dos hijos pequeños que correteaban por los caminos del jardín, deteniéndose aquí y allá para recoger una violeta de dulce aroma, morada o blanca, que perfumaba todo el aire, vi a poca distancia el carruaje de un querido e íntimo amigo que se dirigió rápidamente hasta mi puerta. Mi amigo se apeó. No percibí nada peculiar en su conducta hasta que atrajo a mi hijita hacia él y, de un modo solemne, le dijo: “Lizzie, tu abuela ha muerto. No la verás jamás”. “¡Muerta!”, exclamé. “¿Tienes una carta?”. “Sí”. Y, cuando se volvió para darme la carta, vi su mirada de total abatimiento y sentí que él había perdido a una madre.

Aquella madre y aquel hijo sentían la misma devoción el uno por el otro. Él era el menor de seis hijos. Habían estado separados durante varios años y él tenía alegres expectativas de verla en unas pocas semanas y presentarle a sus dos pequeños tesoros de los que ella había oído hablar tan a menudo, pero que no conocía. Por desgracia, esas ilusiones se han frustrado, y ese “Lizzie, tu querida abuela ha muerto. No la verás jamás”, sigue resonando en mis oídos como la primera vez que lo oí.

Pero la anciana madre era cristiana. La carta dice: “Durante toda la enfermedad, su mente estuvo siempre clara; no murmuró en ningún momento, sino que estaba ansiosa por partir”. Sin lugar a duda, poco después de esto, contempló “al rey en su hermosura” (Is. 33:17) y la hicieron entrar a escenas de gloria donde hasta los querubines, tan acostumbrados a las visiones celestiales, se cubren el rostro con un velo. ¿Qué le parecerá ahora su peregrinar de setenta años? Ha entrado a la eternidad. ¿Y las tristezas y aflicciones que una vez la apenaron? “No son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:18). Con santo éxtasis, se inclina ante el trono y adora a la Trinidad. Creo que la veo, no como la vi una vez, vestida con ropa de luto y lamentando que la muerte había entrado en su familia. No, la muerte ha demostrado por fin ser su amiga, ha separa-

do lo mortal de lo inmortal y la ha guiado a la felicidad del cielo. Allí, vestida con una túnica blanca, con una corona sobre su frente, un arpa en la mano, una juventud imperecedera en el rostro y la plenitud del gozo en su corazón, considera el final del tiempo en la tierra como la perfección de su existencia en la eternidad, en el cielo. Luego, al sonido de la trompeta del arcángel, ese amigo que durante tanto tiempo había encerrado su espíritu y que había sido el siervo de su voluntad, ese cuerpo purificado, ennoblecido, inmortalizado correrá una vez más hacia ella para estar juntos y, siendo ambos uno solo, estarán “siempre con el Señor” (1 Ts. 4:17).

La resurrección del cuerpo, la inmortalidad del alma, la divinidad, la expiación, la intercesión de Cristo, la perpetuidad de la felicidad, ¡qué doctrinas tan enriquecedoras y gloriosas! ¡Maravilloso destino el nuestro! Entrar en el mundo como el más desvalido de los seres terrenales, progresar, paso a paso, hasta convertirnos en alguien “poco menor que los ángeles” (He. 2:7), alcanzar una elevación superior a la de cualquier otra inteligencia creada.

¿Siente ahora pesar, esa madre que en gloria está, de haber entregado su vida a su Hacedor? ¿Desea ahora haber vivido la vida del moralista¹ y haber disfrutado por un tiempo algunos de los placeres del pecado? Si un rubor de vergüenza puede arder en el rostro de los habitantes del cielo es cuando piensan en el inagotable amor de Dios por ellos y su propia e injustificable ingratitud.

La lámpara de los moralistas puede servir para alumbrar sus pasos hasta el lecho de la enfermedad, pero podemos tener por seguro que tan pronto como aparezca la muerte, incluso en la distancia, su llama se debilitará y después expirará. No habrá nada que guíe su senda por el “valle de sombra de muerte” (Sal. 23:4), sino los relámpagos de la ira divina, los reflejos del lago que arde por siempre.

La senda del cristiano por el valle oscuro se alegra primeramente con el amanecer del Sol de Justicia. A medida que va avanzando, más llano se hace el sendero y más deslumbrante el fulgor, hasta que por fin entra en el cielo, donde no hay “necesidad de sol... porque la gloria de Dios [lo] ilumina” (Ap. 21:23).

Tomado de *Mothers of the Wise and Good* (Las madres de los hijos sabios y buenos), Solid Ground Christian Books, www.solid-ground-books.com.

Jabez Burns (1805-1876): Teólogo y filósofo inglés no conformista.



¹ **Moralista** – El que vive por un sistema de principios morales naturales.